APÓCRIFOS IRREVERENTES II

José Carlos Canalda

ÍNDICE

PRESENTACIÓN **2**

APÓCRIFOS LITERARIOS **3**

MORDOR 4
LA METAMORFOSIS 5
EL QUE ACECHA EN LA OSCURIDAD 6
CREACIÓN INCOMPLETA 7
COMIDA BASURA 8
EL CORREO CORRIDO 9
LA AVENTURA DE LOS MOLINOS 10
VIAJE ¿AL CENTRO? DE LA TIERRA 13
EL RETRATO DE DAMIÁN GRIS 17
ALADINO Y LA LÁMPARA FASTIDIOSA 23
GULLIVER EN EL PAÍS DE LOS PITUFOS 31
VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE KAFKA 34
CON RENFE YA HABRÍA LLEGADO 35
SI BEBES... 36
LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DÍAS... Y PICO 43
PROBLEMA INSOLUBLE 45
CURRICULUM ADECUADO 46
MUTACIÓN INDESEADA 48
LA VERDADERA HISTORIA DEL QUIJOTE (I) 51
LA VERDADERA HISTORIA DEL QUIJOTE (II) 52
ROMEO Y JULIETO 53
LA VERDADERA HISTORIA DE D'ARTAGNAN 54
LA VERDADERA HISTORIA DEL DOCTOR JEKYLL Y MISTER HYDE 55
EL DÉCIMO CÍRCULO 56
LA VERDADERA HISTORIA DE ROBINSON CRUSOE 58
LA VERDADERA HISTORIA DE ALÍ BABÁ Y LOS CUARENTA LADRONES 59
LA VERDADERA HISTORIA DE DULCINEA DEL TOBOSO 61
LA VERDADERA HISTORIA DE ALADINO Y LA LÁMPARA MARAVILLOSA 63
EL OCTAVO VIAJE DE SIMBAD 66

PRESENTACIÓN

Tal como su nombre indica estos cuentos son versiones apócrifas, cuando no descaradamente parodias, de relatos clásicos -o no tan clásicos, pero sí conocidos- y a la vez irreverentes, es decir, muy poco o nada ortodoxas, habiendo intentado, eso sí, no dejar títere con cabeza.

He de reconocer que pocas veces me he divertido tanto como escribiendo estas gamberradas, aunque es probable, eso sí, que algún celoso guardián de la prístina pureza de los relatos pudiera pedir que me llevaran a patíbulo por ello... allá él, es evidente que hay que leerlos con ánimo de echar una carcajada o, por lo menos, una sonrisa. Si es así, habré conseguido lo que buscaba.

Los relatos, dada su heterogeneidad, están agrupados por series, aunque en las ocasiones en que algunos de los relatos podrían encajar en dos apartados, como es el caso de los de ciencia ficción o los literarios con los cinematográficos, he optado por elegir la versión original, lo que hace que los dedicados a Frankenstein o Drácula estén clasificados entre los literarios, mientras que aquellos en los que las "*víctimas*" son King Kong, Godzilla o los protagonistas de *La guerra de las galaxias* lo han sido entre los cinematográficos. Asimismo bastantes de estos relatos entrarían perfectamente en la categoría de los ultracortos, pero debido a su temática específica he preferido recogerlos aquí.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en ocho volúmenes. Los correspondientes a este segundo volumen son los *Apócrifos literarios*. Están organizados en orden cronológico conforme fueron escritos, salvo cuando existen varios que comparten un mismo título.

Y eso es todo. Espero que se diviertan.

José Carlos Canalda

APÓCRIFOS LITERARIOS

MORDOR

-Siempre nos quedará Mordor. -dijo filosóficamente Sauron mientras cogía del hombro a Gollum. Era el inicio de una gran amistad.

LA METAMORFOSIS

Al despertar una mañana Gregorio Samsa, tras un sueño intranquilo, encontróse en su lecho metamorfoseado en un ser humano.

Cuando su familia descubrió aterrada el monstruo en el que se había convertido, intentaron ocultar su desgracia encerrándolo en su propia cámara para impedir que pudiera ser visto por los demás habitantes del vasto hormiguero.

Meses después su repentina muerte vendría a liberarlos de tan terrible maldición.

EL QUE ACECHA EN LA OSCURIDAD

Aterrado, Randolph Carter retrocedió de espaldas hasta que su cuerpo tropezó con la sólida pared de roca que le impedía la huida. Estaba atrapado. Frente a él, bloqueando el único camino posible hacia la salvación, se erguía el horror llegado de las dimensiones infernales que él, en su insolente imprudencia, había osado invocar sin calibrar las atroces consecuencias de tan irreflexivo acto.

Pero ya era demasiado tarde para los arrepentimientos; la suerte estaba definitivamente echada. El monstruoso Cthultu se aproximaba a su indefensa víctima sin prisa alguna, regodeándose en su ineluctable victoria. El frágil humano, sin posibilidad alguna de fuga, era presa segura.

Y entonces, cuando apenas un metro de distancia separaba a tan dispares habitantes de sendos mundos antagónicos, las sobrecogedoras fauces del engendro del Más Allá, toda una sinfonía de colmillos aguzados como cuchillos, se abrieron en toda su magnitud exhalando la espantosa fetidez de su putrefacto aliento, al tiempo que una voz cavernosa surgida de las profundidades de la inhumana garganta retumbaba una y otra vez en las anfractuosidades de la tortuosa cueva:

-¡Hermano! La Verdad está en la Biblia.

Graznaba la aparición al tiempo que en uno de sus múltiples tentáculos esgrimía, con una delicadeza insospechada en un apéndice erizado de tan afiladas púas, el ejemplar de una revista de temática religiosa. Pero Randolph Carter jamás llegaría a recibir el mensaje puesto que su debilitado corazón, incapaz de soportar tamañas emociones, se había quebrado para siempre.

-"*Vaya*". -se dijo para sí, aturdido, el abominable Cthultu- "*Si al final van a tener razón los que insisten en convencerme para que cambie de estrategia... porque por más que lo intento, no consigo predicar la Verdad a ningún humano vivo...*"

Y abandonando a su suerte al convulso cadáver, se retiró despechado a su inaccesible cubil. Una vez más tendría que intentarlo de nuevo...

CREACIÓN INCOMPLETA

-¡Maldito! ¿Por qué me hiciste eso?

La criatura tenía aferrado a su creador por el cuello, amenazando estrangularlo con sus poderosas manos. Pero no era ésta su intención; por mucho que odiara a su indefensa víctima, todavía le necesitaba vivo.

-Yo... yo... -jadeó trabajosamente Víctor Frankenstein luchando por llevar aire a sus doloridos pulmones- Yo nunca pensé que eso fuera necesario...

-¡Pues ya lo ves que sí lo era! -rugió el deforme coloso- ¡Lo quiero, y lo quiero ya!

Temiendo que su incontrolada fuerza pudiera causarle daños irreversibles, el monstruo soltó al exánime doctor Frankenstein, que resbaló por la pared hasta quedar sentado en el suelo. Tras comprobar que respiraba, amenazó:

-Volveré dentro de tres días, y ¡ay de ti si no lo tienes preparado! Recuerda, sólo tres días.

Y abandonó el destrozado laboratorio, dejando al maltrecho émulo de Prometeo a solas con sus propios pensamientos.

-¿Dónde coño encuentro yo, de aquí a tres días, unos testículos frescos? -se preguntaba con preocupación.

COMIDA BASURA

-Señor conde, lamento decirle que se está destrozando el hígado. -la expresión del médico no podía ser más adusta- Como siga empeñado en no cambiar a una dieta más saludable, le aseguro que acabará teniendo serios problemas de salud.

-¿Y qué quiere usted que haga? -gimió el pálido aristócrata- Lo que me pide no es nada fácil en estos tiempos que corren... ¿Sabe usted el trabajo que cuesta hoy en día conseguir comida sana?

-Bien, -condescendió el galeno- reconozco que no le falta razón en lo que dice, pero de todos modos debería esforzarse por intentarlo. Por muy sencillo que le resulte capturarlos, la sangre de los borrachos con la que usted se viene alimentando desde hace tiempo le está matando poco a poco... el alcohol es un veneno muy efectivo, y sus efectos son además acumulativos.

-No creo que la muerte sea precisamente una de mis preocupaciones. -ironizó el noble transilvano- Pero si me apura es todavía peor, porque no soy en modo alguno inmune a los dolores y éstos se están haciendo cada vez más intensos.

-En fin, señor Drácula, la solución está exclusivamente en sus manos. -suspiró su interlocutor- Yo no puedo hacer más de lo que ya he hecho.

-Pues lo veo difícil, porque por la noche no hay quien encuentre ya a nadie razonablemente sobrio... todavía me veo a dieta de hemoderivados de bote. -remachó haciendo un gesto de repugnancia- Pero en fin, en lo que hay. De todos modos, le estoy muy agradecido por sus consejos, y le aseguro que haré todo lo posible por seguirlos. Buenas noches, doctor.

Instantes después la sombría silueta de un murciélago se perfilaba sobre el luminoso disco de la luna llena antes de sumirse en la estigia oscuridad nocturna.

EL CORREO CORRIDO

Miguel Strogoff, el intrépido correo del zar, se había visto obligado a afrontar penalidades sin cuento durante el desempeño de la arriesgada misión que le había sido encomendada por el propio monarca, estando a punto de perder la vista, e incluso la vida en varias ocasiones.

Tras atravesar Siberia luchando contra la inclemente meteorología, la indómita orografía, las bestias salvajes y los crueles tártaros que, sublevados contra la hegemonía occidental, sembraban el caos y la destrucción en los vastos dominios asiáticos del Señor de Todas las Rusias, contra todo pronóstico Miguel Strogoff logró alcanzar finalmente su destino, la ciudad de Irkutsk, donde el Gran Duque, hermano del zar, resistía el feroz asedio al que la tenían sometida las hordas enemigas.

Cuando, minado por las privaciones, pero satisfecho por haber podido cumplir satisfactoriamente su misión, el correo del zar entregó en propia mano la importante misiva al Gran Duque, éste le acogió con extrema amabilidad, recriminándole paternalmente:

-Te agradezco infinito tu inquebrantable lealtad y los sacrificios que te has visto obligado a sufrir en el desempeño de tu tarea, mi querido Miguel, pero ¿para qué te tomaste tantas molestias? Mi hermano ya me había informado hace días por correo electrónico...

LA AVENTURA DE LOS MOLINOS

-¿Ves ahí, querido Sancho, treinta o cuarenta poderosos robots con los que quiero hacer batalla para lograr gloria y honor?

-¿Qué robots? -preguntó, perplejo, Sancho Panza.

-Aquellos que allí ves, famosos por mil combates; no falta entre ellos quien venciera a los borgs, a los sith, a los cylones e incluso a los poderosos sadritas. ¡Ah, pero yo venceré a todos y arrojaré sus despojos a los pies de la simpar Dulcinea!

-Mire vuesa merced que aquellos que allí se parecen no son robots sino molinos eólicos, también llamados por algunos aerogeneradores, y que no fueron construidos para ganar batallas a esos tipos raros que usted ha nombrado sino para generar energía eléctrica, según tengo entendido.

-Bien parece -respondió don Quijote aprestando sus armas- que no estás cursado en negocios de aventuras; ellos son robots, y si tienes miedo, apártate y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y en diciendo esto y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, dio de espuelas a su caballo Rocinante sin atender las voces de su escudero, arremetiendo a todo galope contra los indiferentes aerogeneradores, al tiempo que exclamaba a gritos:

-¡Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete!

Estaba ya cercano al primero de esos artilugios, cuando una figura surgió del abrigo de un arbusto tras el cual había estado cobijada, gritando con voz estentórea:

-¡Alto! ¡Alto a la autoridad!

Se trataba del cabo Peláez, comandante del puesto de la Guardia Civil del cercano pueblo, al cual las órdenes recibidas le habían fastidiado su cotidiana partidita de mus con el boticario, el médico y el maestro obligándole a soportar el relente vespertino ante el fundado temor de que ecologistas radicales pudieran cumplir su amenaza de realizar sabotajes en la recién instalada línea de aerogeneradores.

Don Quijote, huelga decirlo, hizo caso omiso a los requerimientos del benemérito agente, pero no habría de ocurrir lo mismo con Rocinante sin bien, en honor a la verdad, hay que reconocer que no fue por voluntad suya; el famélico jamelgo, incapaz de mantener el desbocado galope al que le sometía su dueño, tropezó con una irregularidad del terreno dando en tierra con su cuerpo y el de su jinete.

El cabo Peláez, aprovechando el -para él- afortunado percance, se apresuró a correr con toda la rapidez que le permitía su prominente barriga intentando atrapar al intruso antes de que éste pudiera escabullirse, algo que posiblemente habría ocurrido de no darse la circunstancia de que en su caída el caballero se había propinado un fuerte golpe en la cabeza que le había dejado semiinconsciente.

Estaba procediendo el cabo a colocarle las esposas cuando su subordinado, el número Martínez, apareció jadeando por la empinada cuesta.

-¡Ya era hora de que aparecieras, joder! -le abroncó para no perder las buenas costumbres- Me he tenido que enfrentar yo solo a este terrorista...

-Lo siento, mi cabo, pero es que tuve que detener a un cómplice suyo allá abajo; y hasta que no lo he esposado y metido en el todoterreno no he podido subir hasta aquí.

-Está bien. -zanjó Peláez- Llévate a éste con el otro y enciérralos en el cuartelillo hasta que yo baje una vez me haya llegado el relevo. Ya me encargaré yo de llamar a la capital para que se hagan cargo de ellos. ¡Ah, y llévate también al caballo, no lo podemos dejar suelto por aquí!

Martínez asintió en silencio, al tiempo que se preguntaba donde demonios podría encontrar una cuadra donde guardar al maldito caballo, y también al burro que montaba el otro prisionero; como no recurriera al picadero que un amigo de su cuñado tenía a treinta kilómetros de allí...

-Hay que joderse con estos ecologistas. -las maldiciones de su superior le rescataron de sus reflexiones- ¿No podían dejarnos en paz? -en realidad a Peláez le preocupaban bastante más sus partidas de mus y su carajillo vespertino que la suerte que pudieran correr los artilugios puestos bajo su custodia, pero siempre quedaba bien presumir de su responsabilidad ante un inferior.

-Hombre, mi cabo, la verdad es que son feos de cojones, y se han cargado los mejores paisajes del pueblo... -se aventuró a objetar el cachazudo guardia.

-¿Qué sabrás de eso? -explotó Peláez en un arrebato de lesa autoridad- ¡También tú eres feo, y tu mujer no se queja de ello! -por el pueblo corría el maledicente rumor de que el guardia Martínez se había visto obligado a abrir dos agujeros simétricos en su tricornio- Los chismes estos dan bastante dinero al pueblo, ¿te parece poco?

-Bueno, eso sí es verdad, pero... -porfió Martínez, pensando que sueldo de guardia civil seguía siendo el mismo de antes, pese a que su trabajo se había visto incrementado por culpa de la vigilancia de los aerogeneradores.

-¿Qué pero ni qué niño muerto? Además, ¿quiénes son los ecologistas para venir a tocarnos los cojones? Es nuestro campo, no el suyo; que se vayan a sus ciudades a incordiar, que aquí maldita la falta que nos hacen.

Y ya embalado, prosiguió:

-Además, ¿qué es lo que quieren esos niñatos de ciudad? Centrales nucleares no, porque la radiactividad es mala. Centrales térmicas tampoco, porque contaminan. Pantanos ni pensarlo, porque inundan los valles. Aerogene... -se trabucó- eso todavía menos, porque se cargan el paisaje. ¿Qué es entonces lo que les parece bien a esos señoritingos? Pero luego bien que quieren tener en su casa internet, equipo de música, deuvedé último modelo y otros cuarenta mil chismes que funcionan con electricidad; que me digan donde enchufarlos a su gusto. ¡Y venga, muévete ya, que es para hoy! -le apremió.

Martínez obedeció y, tras levantar del suelo al ahora silencioso caballero y coger de las riendas al doliente equino, se apresuró a bajar por la vereda huyendo de las iras de su irritado jefe. Éste, por su parte, soltó un último bufido, esta vez a nadie, antes de retornar al arbusto que le servía de incómodo refugio.

-¡Ecologistas a mí! ¡Yo sí que les iba a espabilar pronto!

VIAJE ¿AL CENTRO? DE LA TIERRA

Tras un azaroso viaje por las entrañas de la Tierra que a punto estuvo de costarles la vida, el afamado profesor Otto Lidenbrock, acompañado por su sobrino Axel y el guía islandés Hans Bjelke, habían llegado a un lugar inesperado e inexplicable para la ciencia. Allá donde creyeron que encontrarían tan sólo roca sólida y lava fundida, se abría ante sus ojos una vasta extensión de agua, inicio de un lago u océano, que se prolongaba más allá del horizonte visible. La orilla, sumamente escabrosa, ofrecía a las últimas ondulaciones de las olas que rompían contra ella una arena fina e inmaculada sembrada de pequeñas conchas que probaban la existencia de vida en tan remoto lugar.

Al fondo de la playa unos enormes acantilados avanzaban sobre las aguas formando con sus agudas aristas un complicado perfil batido por las olas. Más allá la vista se perdía en el horizonte, iluminado por una claridad especial que permitía percibir hasta los menores detalles; no era la luz del Sol, no podía serlo en el seno de aquella profunda sima; las características de aquella luz, fantasmagórica y fría, parecían indicaban un origen eléctrico, algún tipo de aurora boreal que alumbraba aquella inmensa caverna.

-¡Es fascinante! -exclamó el joven Lidenbrock- Un mar aquí...

-Sí -respondió su tío-, el mar de Lidenbrock. Ningún navegante me disputará la gloria de su descubrimiento, ni el derecho de bautizarlo con mi nombre.

-¿Y esa luz? ¿De dónde proviene?

-Lo ignoro. -reconoció el sabio- Parece emanar de la atmósfera; es posible que se trate de algún tipo de meteoro de naturaleza desconocida para la ciencia.

-¿Qué habrá detrás de esos acantilados? -insistió Axel, frustrado al comprobar que su aguda vista quedaba bloqueada por los recios farallones.

-Tendrás que tener un poco de paciencia, hijo; mañana mismo echaremos un vistazo a lo que se oculta tras el promontorio.

-¿Cómo? Bordeando la orilla resultaría imposible, ya que las olas nos arrojarían contra esos peñascos destrozándonos en tan sólo unos segundos. Y en cuanto a escalar esos riscos... ni siquiera una cabra montés sería capaz de hacerlo sin perecer despeñada.

-No hará falta, Axel. Lo rodearemos por el mar.

-¿Por el mar? -se extrañó el muchacho, barriendo de forma involuntaria la tersa superficie del océano en busca de un imaginario navío- ¿Y en qué buque tomaremos pasaje?

-En ninguno, -respondió divertido el profesor- sino en la sólida balsa que está construyendo nuestro buen amigo Hans. ¿Acaso no oyes los golpes de su hacha?

-Tanto me da... ¿de dónde ha sacado la madera?

-¡Oh, los troncos ya estaban allí! Tan sólo ha tenido que recogerlos.

Y efectivamente, sobre la arena yacía una balsa medio terminada, construida con troncos y maderos de todos los tamaños y formas tomados de entre el maremágnum de desechos vegetales que cubrían literalmente el suelo. No una, sino multitud de balsas podrían haber sido construidas con tan abundante material.

-Tío, ¿qué madera es esta? ¿De dónde procede?

-Son troncos de árboles de todo tipo, arrancados por la furia de las fuerzas naturales y arrastrados hasta aquí, vete a saber por qué vericuetos; desde luego han de proceder del mundo exterior ya que aquí, al no haber sol, no pueden crecer las plantas verdes. Dentro de suficiente tiempo acabarán convertidos en madera fósil.

-Pero entonces no podrán flotar...

-Por supuesto, pero todos estos desechos, dependiendo de su antigüedad, se encuentran en diferentes estadios de petrificación; Hans tan sólo ha tenido que buscar aquellos que todavía eran los suficientemente livianos como para sernos útiles.

Al anochecer -aunque en rigor no se podía hablar de días y de noches en un lugar en el que no existían los ciclos diurnos, los viajeros seguían rigiéndose por el acendrado hábito de consultar sus relojes-, gracias a la habilidad de Hans, estaba terminada la balsa, de proporciones suficientes como para alojar cómodamente a los tres viajeros junto con sus reducidas pertenencias. Una vez lanzada al agua, la improvisada embarcación flotó tranquilamente sobre las olas del mar de Lidenbrock.

A la mañana siguiente, tras un sueño reparador que les sirvió para recobrar las perdidas fuerzas, los expedicionarios se hacían a la mar en su rudimentaria, pero sólida, embarcación, a la que no le faltaban ni mástil, con una vela improvisada con sus mantas de viaje, ni remo trasero a modo de timón. Pese a que la intención del profesor Lidenbrock era atravesar el océano en busca de la invisible orilla opuesta, había decidido doblar antes el afilado promontorio con objeto de explorar la región que quedaba oculta tras él. Si tenían suerte, quizá pudieran desentrañar parte del misterio que se escondía en ese remoto rincón del corazón del planeta.

La navegación resultó plácida gracias a la quietud de la superficie marina, tan sólo alterada por el rebufo de la resaca en los rompientes de los cercanos farallones. Hábilmente conducida por Hans la balsa comenzó a bordearlos a una distancia

prudencial, acercándose cada vez más al afilado espolón que marcaba el límite entre la roca y el agua. Poco después la embarcación rebasaba a éste y, merced un recio golpe de timón, cambiaba de rumbo doblando en dirección a la otra vertiente de la roca.

-¡Mirad! ¡Allí! -exclamó el joven, señalando hacia la vasta extensión que se abría frente a la proa de la embarcación.

Y en efecto, algo había cambiado. En llamativo contraste con las cristalinas olas que rompían en la abandonada playa, el agua se mostraba ahora turbia y oscura, en una súbita metamorfosis que ninguno de los viajeros fue capaz de explicar.

-¡Qué extraño! -musitó el profesor- ¿A qué se deberá este cambio tan repentino de color?

-No sólo de color, tío. -le corrigió Axel- ¿Acaso no lo hueles?

-¿Oler? ¿El qué? Yo no noto nada. ¿Qué es lo que hay que oler?

-¿De verdad que no lo notas? Es un tufillo como a no sé... estiércol, o algo parecido. ¿Lo notas tú, Hans?

Un gesto afirmativo con la cabeza fue la única respuesta del taciturno guía, pero resultó suficiente para sembrar la duda en el perplejo científico.

-Al parecer la vista no debe de ser el único sentido que comienzo a tener atrofiado. -masculló malhumorado- Sigamos adelante, así podremos salir de dudas.

Y salieron, puesto que el tufillo detectado por el joven se fue convirtiendo poco a poco en un penetrante hedor capaz de taladrar a la nariz más resistente, a la par que las aguas por las que navegaban se transformaban en una negra y pestilente sopa a la que la balsa cada vez le costaba más esfuerzos hender, pese a contar con la ayuda de un viento favorable.

-¿Qué demonios será esto? -preguntó el sabio, indudablemente perplejo.

-El Nifleheim. -rezongó Hans en tono sombrío- La antesala del infierno según las antiguas tradiciones de mi pueblo.

-No veo por qué el infierno tendría que oler tan mal; -le respondió con sorna- pero ya que hemos llegado hasta aquí no podemos retroceder. Hans, mantén el rumbo -ordenó- Esto tendrá que conducir por fuerza a alguna parte.

-Sí, hacia el Nastrond, donde nuestras almas quedarán atrapadas para siempre. -porfió tercamente el islandés, aludiendo al tenebroso infierno de la mitología escandinava.

Pero no desobedeció la orden, manteniendo firme el timón.

Algún tiempo después la situación de los tres navegantes comenzó a ser complicada. La balsa a duras penas lograba abrirse camino entre unas aguas putrefactas de consistencia semisólida, y el olor resultaba tan insoportable que tuvieron que protegerse los rostros con sus propias ropas. Pese a todo, siguieron adelante.

-Tío, -jadeó Axel con dificultad, acercándose a él para evitar que el impasible guía pudiera oírle- ¿tendrá razón Hans? ¿No estaremos adentrándonos en las puertas del infierno?

La furibunda mirada que a modo de respuesta le dirigió el digno científico bastó para acallarlo. Para el profesor Lidenbrock tan sólo existía un tipo de explicaciones, las científicas, siendo todo lo demás pura superchería. Y desde luego, jamás estaría dispuesto a aceptar lo que él consideraba meras supersticiones, fueran sus orígenes paganos o cristianos, entre los cuales por cierto no hacía la menor distinción. Aunque en ese momento se sentía incapaz de articular cualquier tipo de interpretación racional, no dudaba lo más mínimo que esta tenía forzosamente que existir... lo cual reafirmaba su cada vez más firme empeño en descubrirla.

No se equivocaba. Tras una navegación cada vez más penosa, un ruido sordo a modo de gorgoteo descomunal les advirtió de que estaban llegado a su destino, frente al cual se dieron poco menos que de bruces cuando menos lo esperaban: se trataba de un colector gigantesco que desaguaba en el mar toda clase de inmundicias imaginables y aun otras muchas imposibles siquiera de imaginar.

-¡Dios mío! -exclamó Axel luchando por hacer oír su voz por encima del estentóreo bramido del colector- ¿Acaso esto es lo que pienso que es?

-Si, querido sobrino, mucho me temo que estás en lo cierto. -respondió con flema el hierático profesor- Nuestro largo viaje ha concluido al fin; sin duda hemos sido los primeros humanos en llegar... ¡al culo del mundo!

EL RETRATO DE DAMIÁN GRIS

A punto de entrar en la cuarentena, Damián Gris era la viva imagen del triunfador. Empresario de éxito, a su más que desahogada posición económica se sumaban un cuerpo atlético y atractivo y una personalidad que tenía la facultad de encandilar a todo aquel que se le aproximara. Huelga decir que arrasaba con las mujeres.

Rico y bendecido por la fortuna, nuestro personaje llevaba una vida que cualquiera calificaría de feliz, rodeado de todo tipo de comodidades y de ese conjunto de cosas -coches de lujo, vacaciones en lugares paradisíacos por supuesto en buena compañía, una suntuosa mansión en el barrio más exclusivo de la ciudad, diversión a tope...- que nos hacen añadir, a la conocida frase de que "*El dinero no hace la felicidad*", la maliciosa coletilla "*Pero ayuda mucho a disfrutarla*". Por si fuera poco, su salud era de hierro.

Sin embargo, Damián no era feliz. O, mejor dicho, se cernía sobre su espíritu una ominosa sombra que le impedía disfrutar plenamente de todos los dones tan generosamente donados por la diosa Fortuna: la edad.

No su edad actual, por supuesto, ya que Damián se encontraba entonces en la plenitud de su vida, sino su edad futura. Dicho con otras palabras, le aterrorizaba envejecer.

Otro dicho popular, no menos mordaz que el anterior, afirma que, si bien es malo cumplir años, todavía resulta peor no hacerlo. Pero Damián, en lugar de resignarse a lo inevitable, decidió buscar la manera de burlar el destino, no recurriendo a métodos médicos y quirúrgicos de más que dudosos resultados a medio y largo plazo -le aterrorizaba acabar convertido en un monstruo patético tal como había ocurrido con algunos conocidos personajes públicos-, sino siguiendo un camino más original a la par que heterodoxo.

Es preciso advertir que nuestro personaje, pese a disfrutar de una inteligencia más que notable, así como de una cultura exquisita, era pese a todo bastante supersticioso; no a la burda manera habitual, a él esas estupideces de los gatos negros y la sal derramada le traían al fresco, sino de una forma más sofisticada y cercana a esa extraña mezcolanza conocida habitualmente con términos tales como parapsicología, ciencias ocultas, espiritualidad o engañabobos similares. Y, puesto que la ciencia oficial le negaba su auxilio, al menos en los términos que él pretendía, se refugió en el seno de estas acogedoras paraciencias que, pese a su incompatibilidad absoluto con los dictados del sentido común, prometían utopías capaces de satisfacer a la imaginación más desbocada.

Evidentemente, Damián era consciente de que la inmensa mayoría de quienes ofrecían este tipo de milagros eran meros embaucadores, simples vendedores de humo que tan sólo pretendían sacar beneficios fáciles a costa de la buena fe de sus incautas víctimas; pero confiaba en que, seleccionando con suficiente rigor, pudiera ser posible separar el grano de la paja. Porque, eso sí, estaba convencido de que, pese a todas las evidencias, algo de grano debía existir, por más que encontrarlo resultara más difícil que hacerlo con la paradigmática aguja perdida en el pajar.

Por si fuera poco, Damián Gris contaba también con su particular Grial. Desde que alguien le gastara una inocente broma sobre la similitud entre su nombre y el de Dorian Gray, protagonista de la novela homónima de Oscar Wilde, su natural preocupación por el envejecimiento se había convertido en una auténtica obsesión, pese a la irracional premisa que daba pie a la obra del genial escritor irlandés, de obtener la inmortalidad engañando al paso del tiempo con un retrato... irracional incluso para los laxos criterios del acientifismo esotérico en el cual Damián se había zambullido de pleno.

No se planteaba, pues, nada similar a la vieja quimera de retener la juventud a base de pócimas secretas, pactos con el diablo o baños en fuentes de aguas milagrosas; Damián Gris estaba dispuesto a rehuir a la vejez utilizando como cebo un retrato de su persona.

Claro está que una cosa era proponérselo y otra muy distinta conseguirlo; y desde luego, entre la cohorte de astrólogos, magos, curanderos y demás embaucadores de diferente laya que pululaban en torno suyo como moscas alrededor de un pastel, no se podía decir que abundaran precisamente los pintores de cuadros mágicos tal como él buscaba.

Sin embargo, no se arredró; las dificultades nunca le habían detenido en su camino, de no ser así jamás habría llegado tan lejos en el no menos difícil mundo de los negocios. Navegando hábilmente por las procelosas aguas de las presuntuosamente denominadas paraciencias, logró encontrar finalmente un personaje que afirmaba cultivar esta antigua mancia. En realidad, según le explicó éste, la pretensión de eludir la ira de los dioses engañándolos con una réplica que pudiera oficiar a modo de pararrayos atrayendo hacia sí los castigos divinos, era probablemente tan antigua como la humanidad; al fin y al cabo en el siglo XIX, cuando Oscar Wilde había escrito su novela, todavía abundaban los pueblos primitivos, recién descubiertos por los exploradores occidentales, en los que el chamanismo o la brujería campaban por sus respetos constituyendo el eje central de sus culturas, por lo que era probable que el escritor se hubiera limitado a occidentalizar la milenaria tradición dándole un perfil moderno que la convirtió en una de las obras cumbres de la literatura victoriana.

Al menos esto era lo que aseguraba su contacto, presumiendo de haber recuperado esta tradición ancestral. Por supuesto podía tratarse de un vulgar embaucador; de hecho,

lo más probable era que lo fuera. Pero Damián Gris podía ser cualquier cosa menos ingenuo; de no ser así, jamás podría haber levantado su emporio empresarial partiendo prácticamente de la nada. Sólo tras recibir garantías de que no tendría que soltar un solo céntimo hasta comprobar la veracidad del mágico retrato -en cualquier caso tampoco lo habría hecho sin constatarlo personalmente-, decidió aceptar la oferta. Así pues, envió por correo una fotografía suya al esotérico artista -pese a que su lugar de residencia no se encontraba demasiado lejos, éste se había negado a reunirse cara a cara con el empresario- y esperó.

La espera no resultó demasiado larga, pues apenas quince días más tarde Damián Gris recibía, también por correo, un voluminoso paquete que sólo podía ser el anhelado cuadro. Adjunta al mismo venía una carta en la que su autor le invitaba a disfrutarlo y a comprobar que satisfacía plenamente sus pretensiones, antes de que tuviera a bien abonarle sus honorarios.

Temblando de emoción Damián canceló todos sus compromisos, encerrándose en su dormitorio donde procedió a desembalarlo sin ningún tipo de testigos, ansioso como estaba de comprobar los resultados de su pacto mágico.

* * *

Tres días más tarde, tras echarle de menos sus allegados decidieron echar abajo la puerta de la habitación. Allí, yacente sobre la cama, se encontraba algo que se asemejaba a una grotesca caricatura de quien fuera Damián Gris modelada por un artista demente cultivador de la estética cubista.

Aunque en un principio todos creyeron que era tan sólo un burdo monigote, su sorpresa no encontró límites al descubrirse que no se trataba de un muñeco sino de un ser de carne y hueso, una imposible quimera que parecía haber surgido de la peor pesadilla de un pintor loco, pero pese a ello provista de todos sus órganos vitales diseñados hasta el último detalle, por más que éstos, en su estrambótico diseño, jamás hubieran podido ser funcionales.

El forense encargado del caso no podía estar más desconcertado. Aquella aberración no podía ser un ser humano, ni tan siquiera un ser vivo, pero no obstante la minuciosidad de su diseño interno, aun contando con la inviabilidad de su anatomía, iba mucho más allá no ya de la broma macabra, sino también de las posibilidades científicas más avanzadas. Ni comprendía nada, ni jamás en su larga trayectoria profesional se había visto enfrentado a nada igual.

Tras algún tiempo de titubeos, el juez encargado del caso dio por legalmente desaparecido al infortunado empresario, al tiempo que el monstruo deforme descubierto sobre su cama era hecho desaparecer discretamente sin que nadie se molestara en

someterlo a un examen profundo. ¿Para qué? Tal engendro no podía ser humano. La fundación encargada de gestionar el patrimonio del desaparecido mantuvo en pie sus empresas, primero en calidad de administradora y posteriormente, cuando éste fue dado por fallecido, como su heredera universal. Y nunca más se supo de Damián Gris, hasta que poco a poco el tiempo se fue encargando de erosionar su memoria.

Pero eso no fue todo. Un hecho que, por no ser considerado relevante, no llegó a quedar registrado ni en el atestado policial ni en el sumario judicial, fue el hallazgo, al pie del lecho mortuorio, de un magnífico retrato del empresario desaparecido, digno de haber salido de los pinceles de un maestro renacentista. Nadie lo conocía ni sabía cómo había podido llegar hasta allí, pero guiados por la carta se dio por supuesto que había sido encargado por el desventurado Damián poco antes de su misteriosa desaparición. Puesto que el cuadro carecía de firma y la carta de remite, no fue posible localizar a su anónimo autor, que tampoco reclamó en ningún momento sus honorarios pese a la relevancia informativa que alcanzó la misteriosa desaparición del conocido industrial.

De entre todos los involucrados en la investigación policial, tan sólo un oscuro inspector se aventuró a plantear una hipótesis, que no por desquiciada, era menos creíble. Era éste un hombre culto, aficionado a la literatura y admirador de la obra de Oscar Wilde, y por ser relativamente novato en su trabajo todavía no se había visto moldeado por los prejuicios característicos de su trabajo, con lo cual su imaginación seguía volando libre para disgusto de sus superiores jerárquicos, que solían reprocharle que tuviera la cabeza *a pájaros*. Esta afortunada conjunción de circunstancias hizo que fuera el único capaz de establecer ciertas correlaciones, no por desconcertantes menos evidentes. Movido por su celo, intentó convencer a su superior.

-¿Conoce usted *El retrato de Dorian Gray*? -le había preguntado.

El comisario, cuyas únicas lecturas no iban mucho más allá de la prensa deportiva, respondió con un gruñido:

-No entiendo mucho de pintura. ¿Es un cuadro de Velázquez?

Tras contener un suspiro, procedió a explicarle pacientemente que se trataba de una novela de un escritor inglés -prefirió obviar el detalle de que en realidad era irlandés- de finales del siglo XIX, describiéndole a grandes rasgos el argumento de la misma.

-El protagonista, un hombre adinerado temeroso de envejecer, logra preservar su juventud de forma antinatural gracias a un pacto diabólico con el que consigue que un cuadro mágico envejezca, al tiempo que él se mantiene exactamente igual de lozano que la imagen que el pintor plasmara en el retrato. Por decirlo de una manera sencilla ambos, personaje y retrato, habrían intercambiado sus esencias vitales, de modo que el

destinado a preservarse sin verse afectado por el paso de los años no era el retrato, sino el protagonista.

-Eso está muy bien para una novela -le espetó su interlocutor, con el aire de suficiencia típico de quienes intentan camuflar un complejo de inferioridad-. Pero no estará intentando convencerme de que un retrato puede envejecer...

-¿Y por qué no? -se defendió el inspector- Arthur C. Clarke, otro escritor, afirmaba que toda tecnología superior no podría diferenciarse de la magia, del mismo modo que cosas que hoy son para nosotros perfectamente lógicas habrían sido para nuestros antepasados fenómenos tan inexplicables como éste lo es para nosotros. Es posible que la fábula de Oscar Wilde recogiera un fenómeno real por más que nos parezca inverosímil, uno de tantos conocimientos perdidos por la humanidad a lo largo de la historia. Pudiera ser que este saber llegara a conocimiento del desaparecido, el cual se habría limitado a repetir la arriesgada maniobra de su casi homónimo literario, con resultados en este caso fatales.

-De ser así -si el comisario hubiera sido un gato podría decirse que se estaba relamiendo los bigotes-, ¿cómo podría explicarse tanto la desaparición del señor Gris como la aparición de ese extraño engendro?

-Porque ese engendro sería precisamente el cadáver deformado de Damián Gris -y sin darle tiempo a su atónito jefe a responder, continuó-. Para desgracia suya, el pintor elegido para ejecutar el retrato, aunque poseedor de los conocimientos mágicos necesarios, como artista debía de ser una nulidad absoluta; y no sólo eso, sino que para ocultar su torpeza, fingía cultivar la pintura abstracta. Como es fácil suponer, en estas condiciones la catástrofe estaba más que garantizada. Cuando Damián Gris se encontró frente a su "*retrato*" y se produjo el intercambio de esencias vitales, el cuadro tomaría la apariencia de Gris mientras éste se convertía en eso que encontramos en su habitación, una delirante caricatura que bien habría podido servir de modelo para un cuadro cubista. Y por supuesto estaría muerto, dado que esa aberración biológica era de todo punto inviable como ser vivo.

-¡Cielo santo! -exclamó a su pesar el veterano policía- Muchacho, veo que imaginación no le falta, pero lamentablemente aquí trabajamos con hechos, no con hipótesis fantásticas. Eso que me acaba usted de contar es una locura.

-Existe una manera sencilla de comprobarlo -se defendió con aplomo el joven agente-, bastaría con destruir el cuadro y desenterrar a ese engendro para constatar si, una vez roto el maleficio, este último se metamorfoseaba en el cadáver del empresario, tal como ocurría en la novela de Oscar Wilde.

-Eso no puede ser -zanjó su superior, satisfecho por haber encontrado una manera de finiquitar el asunto-. En primer lugar, la cosa que encontramos en el dormitorio de Damián Gris fue incinerada. Y en cuanto al cuadro, se trata de una propiedad privada que, como se puede imaginar, no podemos dañar.

-Pero si consiguiéramos una orden judicial...

-¿Ah, sí? ¿Y qué haríamos con las cenizas, suponiendo que pudiéramos encontrarlas? Además ¿usted cree que voy a arriesgarme a molestar al juez por una estupidez de esta categoría? Vuelva a su trabajo, y olvídese de estas tonterías si es que quiere llegar algún día a ser alguien en este oficio.

El tono de voz del comisario no dejaba el menor resquicio a la duda, así que el inspector se apresuró a escabullirse cual alma que llevaba el diablo. El caso de la desaparición de Damián Gris quedaba así definitivamente zanjado.

Mejor suerte correría el misterioso cuadro. Hoy, varios años más tarde, éste preside el despacho del presidente de la Fundación Damián Gris, siendo la admiración de todos los que tienen el raro privilegio de contemplarlo por ser, a decir de los expertos que lo han examinado, uno de los mejores retratos pintados en los últimos tiempos.

Diríase que el pobre Damián está vivo, son los comentarios que corren entre los que lo conocen, tal es la pasmosa realidad con la que está plasmada su figura. De lo que nadie se ha percatado aún, o si lo ha hecho ha callado por temor o por discreción, es de que en el impoluto cabello del retratado parecen querer aflorar algunas tímidas canas.

ALADINO Y LA LÁMPARA FASTIDIOSA

-Aladino, ¿qué es eso que traes ahí?

-¿Esto? -respondió el muchacho con disimulo, al tiempo que intentaba esconder tras la espalda la sucia lámpara de aceite que llevaba en la mano- No sé...

-¿Cómo que no lo sabes? -refunfuñó su madre, arrebatándosela con gesto de disgusto- Dijiste que volverías con una moneda de plata... y apareces con esa chatarra oxidada. ¿Acaso te crees que me regalan la comida en el mercado? Porque comer bien que te gusta, al contrario que trabajar.

-Madre, yo...

-¡Cállate, inútil, que no sirves para nada! -le recriminó la viuda con acritud- A falta de moneda intentaré vender este cacharro, o por lo menos cambiarlo por algo aprovechable. Eso sí, antes habrá que limpiarla, porque con esa costra de mugre no me darían ni los buenos días por ella.

Y uniendo la acción a la palabra, procedió a frotarla enérgicamente con un trapo, en un intento de sacarle brillo o, cuanto menos, de darle un aspecto algo más presentable.

Para sorpresa de ambos, de la boca de la lámpara brotó un surtidor de luz multicolor que, tras los primeros instantes de indefinición, acabó configurando una forma tridimensional -se trataba, como cabe suponer, de un holograma, aunque éste era un término que desconocían madre e hijo- el cual, lejos de adoptar una forma antropomorfa tal como hubiera cabido esperar, se reveló como un simple listado de texto, eso sí, muy adornado a la par que acompañado por una suave y repetitiva música de fondo.

Puesto que el mensaje estaba escrito en árabe Aladino, que pese a la pobreza de su familia, había ido durante algún tiempo al colegio, fue capaz de leérselo a su estupefacta progenitora.

"*Bienvenido al nuevo servicio de atención al cliente del Sindicato de Genios de Lámparas y contenedores afines.* -rezaba éste- *Por favor, le rogamos que siga las instrucciones de este sistema de información automático.*

- *Si quiere pedir un deseo, frote una vez la lámpara, tal como lo hizo anteriormente.*
- *Si prefiere acogerse a nuestra oferta especial de Tres por uno, frote dos veces la lámpara.*

- Si desea recibir información sobre nuestras promociones actuales, frote tres veces la lámpara.

- *Si desea abandonar el menú, aguarde durante quince segundos sin frotar la lámpara.*"

Tras dudar unos instantes, Aladino arrebató la lámpara a su madre, que persistía en su actitud absorta, y utilizando su propia manga la frotó enérgicamente dos veces; al fin y al cabo, se dijo, tres deseos siempre serían mejor que uno solo.

"*Ha elegido usted la opción de Tres deseos por uno.* -indicaba el nuevo mensaje luminoso que sustituyó al anterior- *Por favor, indique el apartado que mejor se ajuste a su petición.*

- *Si los deseos a solicitar son de índole material, frote una vez la lámpara.*

- *Si los deseos a solicitar son de índole inmaterial, frote dos veces la lámpara.*

- *Si no está seguro de si sus deseos pertenecen a uno u otro de los apartados anteriores, si pudieran pertenecer a ambos o si prefiere recibir más información al respecto, frote tres veces la lámpara.*

- *Si desea volver al menú anterior, aguarde sin frotar.*"

¿Materiales? ¿Inmateriales? -el muchacho dudada- ¿Cuánto de material había en querer ser rico?

Por lo tanto, acabó frotándola tres veces, por si acaso.

De nuevo el festival de colores cabrilleó frente a su vista antes de estabilizarse con otro mensaje.

"*Ha elegido usted la opción de recibir más información. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo. Le recordamos que, conforme a la legislación vigente, no está permitido realizar peticiones que pudieran acarrear daños o perjuicios, directos o indirectos, a terceras personas, así como tampoco serán atendidas aquellas que supongan una violación de las leyes nacionales o internacionales o involucren mercancías prohibidas tales como drogas, armas, explosivos y materiales radiactivos, químicos o biológicos potencialmente peligrosos. Asimismo tampoco está permitido suministrar a los menores de edad, aun con consentimiento paterno, cualquier tipo de bebidas alcohólicas, tabaco o material pornográfico. Quedan expresamente excluidas todas aquellas peticiones que pudieran entrar en conflicto con las leyes físicas, naturales o biológicas, tales como la inmortalidad, la eterna juventud, las*

capacidades parapsicológicas (precognición, telepatía, telecinesis, artes adivinatorias...) o cualquier tipo de superpoderes.

- *Si desea dinero, riquezas o fortuna en los juegos de azar, frote una vez la lámpara.*
- *Si desea viajes, viviendas, vehículos (excepto los militares), joyas o vestiduras, frote dos veces la lámpara.*
- *Si desea poder (incluyendo cargos políticos), éxitos (empresariales, deportivos, teatrales y/o cinematográficos, musicales, artísticos, literarios, culturales o intelectuales) o fama (incluyendo la prensa rosa), frote tres veces la lámpara.*
- *Si desea amor, sexo (sólo para mayores de edad) o amistad, frote cuatro veces la lámpara.*
- *Si desea mejorar de salud, sanar enfermedades (incluyendo las incurables), mejorar su aspecto físico o potenciar su inteligencia, frote cinco veces la lámpara.*
- *Si desea alimentos, bebidas o cualquier otro tipo de sustancias susceptibles de ser ingeridas o inhaladas, frote seis veces la lámpara.*
- *Si desea cualquier otro tipo de otros bienes materiales perecederos, frote siete veces la lámpara. En caso de tratarse de animales vivos, se advierte que quedan excluidas tanto las especies protegidas o peligrosas, como las extintas o imaginarias.*
- *Si su deseo no se ajusta a ninguno de los apartados anteriores, frote ocho veces la lámpara.*"

Al llegar a este punto Aladino se quedó bloqueado; en realidad, no sabía por donde empezar.

-¡Pídele comida! -gritó ansiosa, a la par que hambrienta, su madre.

Era una buena idea, pero había tardado demasiado tiempo en decidirse. El mensaje se borró siendo sustituido por otro.

"*Disculpe, pero no me ha sido posible entender bien su respuesta. Para retornar al menú anterior, vuelva a frotar la lámpara.*"

-¿A qué esperas? -insistió su madre al tiempo que intentaba arrebatarle la lámpara- ¡No te quedes ahí alelado!

El muchacho reaccionó frotando la lámpara, la cual volvió a repetir el conocido mensaje. En esta ocasión no dudó; sus jugos gástricos también estaban alborotados.

La lámpara, obediente, accedió a sus deseos reproduciendo un nuevo mensaje:

"*Ha elegido usted la opción de solicitar alimentos o bebidas. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo. Le recordamos que este Sindicato no se responsabiliza de la posible violación de preceptos religiosos de cara al consumo de determinados alimentos o bebidas que pudieran estar prohibidos por algunas confesiones.*

- *Si desea alimentos, frote una vez la lámpara.*
- *Si desea bebidas no alcohólicas (incluyendo agua), frote dos veces la lámpara.*
- *Si desea bebidas alcohólicas (sólo para mayores de edad), frote tres veces la lámpara.*
- *Si desea tabaco (sólo para mayores de edad) u otras sustancias estimulantes legales tales como el betel o la hoja de coca (sólo en países autorizados), frote cuatro veces la lámpara. Es responsabilidad exclusiva del solicitante el consumo de estas sustancias en las condiciones y lugares establecidos por la legislación de su país de residencia.*"

Aladino comenzaba a impacientarse. Esta vez no necesitó ser espoleado por su madre para elegir rápidamente la primera opción.

"*Ha elegido usted la opción de solicitar alimentos. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo. Le recordamos que este Sindicato no se responsabiliza de la posible violación de preceptos religiosos de cara al consumo de determinados alimentos que pudieran estar prohibidos por algunas confesiones.*

- *Si desea carne, frote una vez la lámpara.*
- *Si desea pescado, frote dos veces la lámpara.*
- *Si desea huevos y sus derivados, frote tres veces la lámpara.*
- *Si desea leche o productos lácteos, frote cuatro veces la lámpara.*
- *Si desea pasta, harinas o derivados de los cereales, frote cinco veces la lámpara.*
- *Si desea productos vegetales (verduras, hortalizas, legumbres, tubérculos o ensaladas), frote seis veces la lámpara.*
- *Si desea fruta, frote siete veces la lámpara.*

- *Si desea dulces o postres, incluyendo helados y productos de pastelería, frote ocho veces la lámpara.*

- *Si desea alimentos exóticos (insectos, reptiles, primates, caracoles, ancas de rana, flores, algas, comidas étnicas, etc.), o cualquier otro tipo de alimentos no incluidos en el listado anterior, frote nueve veces la lámpara. Queda explícitamente prohibida la antropofagia.*"

Más por inercia que por premeditación, el muchacho frotó una única vez la lámpara.

"*Ha elegido usted la opción de solicitar carne. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo. Le recordamos que este Sindicato no se responsabiliza de la posible violación de preceptos religiosos de cara al consumo de determinados alimentos que pudieran estar prohibidos por algunas confesiones.*

- *Si desea carne de ternera, frote una vez la lámpara.*

- *Si desea carne de cordero, frote dos veces la lámpara.*

- *Si desea carne de cabra, frote tres veces la lámpara.*

- *Si desea carne de cerdo, frote cuatro veces la lámpara.*

- *Si desea carne de pollo o pavo, frote cinco veces la lámpara.*

- *Si desea carne de conejo o liebre, frote seis veces la lámpara.*

- *Si desea carne de pato, oca o ganso, frote siete veces la lámpara.*

- *Si desea carne de caballo o mula, frote ocho veces la lámpara.*

- *Si desea carne de camello, frote nueve veces la lámpara.*

- *Si desea carne de venado, jabalí, cabra montés u otras especies de caza mayor, frote diez veces la lámpara.*

- *Si desea carne de perdiz, codorniz, faisán u otras volátiles de caza menor, frote once veces la lámpara.*

- *Si desea carne de avestruz, frote doce veces la lámpara.*

- *Si desea algún otro tipo de carne no incluida en el listado anterior (excepto la humana y la de los animales protegidos, extintos y/o imaginarios), frote trece veces la lámpara.*"

Esto ya era demasiado. El hambre que atenazaba a Aladino y a su madre era de tal magnitud que habrían devorado cualquier cosa que se pusiera a su alcance, incluyendo al esquivo Genio. Por terminar antes, eligió la primera opción.

"*Ha elegido usted la opción de solicitar carne de ternera.* -fue en esta ocasión la respuesta del impertérrito artilugio- *Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo. Le recordamos que este Sindicato no se responsabiliza de la posible violación de preceptos religiosos de cara al consumo de determinados alimentos que pudieran estar prohibidos por algunas confesiones.*

- *Si desea solomillo, frote una vez la lámpara.*
- *Si desea lomo, frote dos veces la lámpara.*
- *Si desea filetes, frote tres veces la lámpara.*
- *Si desea chuletón, frote cuatro veces la lámpara.*
- *Si desea churrasco, frote cinco veces la lámpara.*
- *Si desea entrecot, frote seis veces la lámpara.*
- *Si desea morcillo u osobuco, frote siete veces la lámpara.*
- *Si desea falda, frote ocho veces la lámpara.*
- *Si desea magro o carne picada, frote nueve veces la lámpara.*
- *Si desea rabo o carrilleras, frote diez veces la lámpara.*
- *Si desea callos o casquería, frote once veces la lámpara.*
- *Si desea cecina o embutidos, frote doce veces la lámpara.*
- *Si desea alguna otra pieza de carne no incluida en el listado anterior, frote trece veces la lámpara.*"

La irritación estaba empezando a dar paso a la desesperación. Aladino tan sólo quería comer lo que fuera... y a ser posible, ya. De nuevo seleccionó la primera opción.

"*Ha elegido usted la opción de solicitar un solomillo de ternera. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo* -al menos la maldita lámpara parecía haberse olvidado de la molesta coletilla religiosa-.

- *Si lo desea crudo, frote una vez la lámpara.*

- *Si lo desea asado, frote dos veces la lámpara.*
- *Si lo desea a la parrilla, frote tres veces la lámpara.*
- *Si lo desea frito, frote cuatro veces la lámpara.*
- *Si lo desea cocido, frote cinco veces la lámpara.*
- *Si lo desea adobado o marinado, frote seis veces la lámpara.*
- *Si lo desea de alguna otra manera no incluida en el listado anterior, frote siete veces la lámpara.*"

¿Y eso a él qué más le daba? En casa de Aladino jamás habían tenido acceso a semejantes exquisiteces, tan sólo al alcance de los más pudientes. Eso sí, por precaución evitó pedirlo crudo.

"*Ha elegido usted la opción de solicitar un solomillo de ternera asado. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo.*

- *Si lo desea poco hecho, frote una vez la lámpara.*
- *Si lo desea normal, frote dos veces la lámpara.*
- *Si lo desea pasado, frote tres veces la lámpara.*"

Bueno, parecía que se iba acercando ya al final...

"*Ha elegido usted la opción de solicitar un solomillo de ternera asado con un punto de cocción normal. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo.*

- *Si lo desea sin guarnición, frote una vez la lámpara.*
- *Si lo desea con guarnición de patatas, frote dos veces la lámpara.*
- *Si lo desea con guarnición de verduras, frote tres veces la lámpara.*
- *Si lo desea con guarnición de ciruelas pasas y orejones de albaricoque, frote cuatro veces la lámpara.*
- *Si lo desea con salsa al roquefort, frote cinco veces la lámpara.*
- *Si lo desea con salsa a la pimienta, frote seis veces la lámpara.*
- *Si lo desea con salsa de yogur, frote siete veces la lámpara.*

- *Si lo desea con nuestras guarniciones y salsas especiales, frote ocho veces la lámpara para acceder a la carta.*"

Pues no, no se acababa, constató con desconsuelo. Al borde mismo de la histeria, volvió a insistir con el tozudo artilugio.

"*Ha elegido usted la opción de solicitar solomillo de ternera asado con un punto de cocción normal y guarnición de patatas. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo.*

- *Si lo desea con patatas asadas, frote una vez la lámpara.*
- *Si lo desea con patatas fritas, frote dos veces la lámpara.*
- *Si lo desea con patatas al ajillo, frote tres veces la lámpara.*
- *Si lo desea con puré de patatas, frote cuatro veces la lámpara.*
- *Si lo desea con otro tipo de guarnición de patatas no incluida en el listado anterior, frote cinco veces la lámpara.*"

-¿Quieres terminar de una puñetera vez? -le espetó, iracunda, su madre.

-Yo... -intentó excusarse el azorado muchacho, al tiempo que insistía una vez más.

"*Ha elegido usted la opción de solicitar solomillo de ternera asado con un punto de cocción normal y guarnición de patatas asadas. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo.*

- *Si lo desea con ...*"

Nunca llegarían a conocer el resto del mensaje puesto que, exasperado, arrojó la maldita lámpara contra la pared y, quizá a causa de una rotura del sensible mecanismo, quizá merced a su desconexión por algún mecanismo de seguridad, éste quedó interrumpido.

En aquel momento quiso el azar que se oyera en la vecina calle la conocida voz del chamarilero que, fiel a su rutina, recorría el barrio en busca de objetos que comprar. Lejos de recriminarle por su furibundo arrebato, su madre suspiró con alivio.

-Coge ese chisme. -le ordenó- Intentaremos colárselo a Ahmed; al menos, sacaremos para un par de bocadillos de calamares. Eso sí, como se te ocurra decir lo más mínimo del tema de los deseos, te despellejo vivo.

Por supuesto, Aladino se cuidó mucho de desobedecerla.

GULLIVER EN EL PAÍS DE LOS PITUFOS

Lentamente Lemuel Gulliver fue recuperando la consciencia. La tempestad, el naufragio del barco en el que viajaba, el precario refugio del trozo de madera al que se aferró, la llegada a una playa desconocida completamente extenuado... de forma paulatina todo el azaroso discurrir de las últimas horas de su vida fue aflorando en su embotada mente.

Con un gemido intentó incorporarse, sintiendo que no podía hacerlo. Poco a poco, con temor, abrió los ojos descubriendo que yacía de espaldas en la suave arena de la playa estando amarrado por multitud de pequeñas cuerdas que se entrelazaban a lo largo de todo su cuerpo, las cuales estaban sujetas a unas estacas sólidamente clavadas en el suelo.

Intrigado miró más allá, descubriendo una multitud de pequeños seres de apenas un palmo de estatura que le contemplaban expectantes. Se trataba de hombrecillos en miniatura cuya piel ostentaba un llamativo color azul; desnudos de cintura para arriba su única indumentaria eran unos calzones blancos, tocándose la cabeza con algo parecido a un gorro frigio de idéntico color. Descubrió con sorpresa que poseían también un pequeño rabo, asimismo de color azul.

-¡Vaya, ya despertaste! -oyó que una vocecilla aguda exclamaba junto a su oído.

Volviendo trabajosamente la cabeza -también le habían atado los cabellos- contempló frente a su rostro, subido sobre una improvisada tarima, a uno de esos hombrecillos que, a diferencia del resto, iba ataviado de rojo y portaba una poblada barba.

-¿Quién eses? -logró balbucear- ¿Dónde estoy?

-¿Bromeas? -respondió el que según todas las apariencias era el jefe de los hombrecillos- Sabes de sobra que soy Papá Pitufo, y sabes también donde estás. Pero esta vez, Gargamel, tus artimañas no te servirán de nada, hemos logrado atraparte mientras dormías y nunca más conseguirás amenazar la paz de nuestra aldea. Tu pérfida existencia ha llegado a su fin.

-¿Papá Pitufo? ¿Gargamel? ¿De qué me estás hablando? Yo soy Lemuel Gulliver, súbdito británico, y he sido víctima de un naufragio. No sé quienes sois ni deseo haceros el menor daño, tan sólo quiero recuperarme y poder volver a mi país.

-No te soltaremos. -respondió el diminuto personaje- Nos has hecho padecer demasiado como para que podamos confiar en tus arteras palabras. Y da gracias a que somos enemigos de la violencia; no te haremos daño, pero permanecerás atado hasta que dejes de ser una amenaza para nosotros. Vámonos, pitufos.

-¡Pero yo! -exclamó Gulliver desconcertado- ¡Yo no soy ese que decís, no sé de qué me estás hablando! Tan sólo quiero... -repitió en vano, puesto que los pitufos, haciendo caso omiso a sus palabras, comenzaron a retirarse de la playa dejándole abandonado e inerme.

Evidentemente pretendían hacerle fallecer de sed y de inanición, si otros peligros ignorados no conseguían acelerar el fin de su existencia. Luchando contra la fatiga Gulliver intentó romper las ligaduras que le atenazaban, contundentemente sólidas pese a su aparente fragilidad, pero no fue sino hasta que el día comenzó a alborear cuando consiguió liberar un brazo. El resto resultó ya relativamente fácil. Estaba libre, pero profundamente debilitado por las penurias del naufragio y por el tiempo que llevaba sin comer ni beber.

Lo segundo fue relativamente fácil de resolver gracias al agua de un arroyo que desembocaba en el mar junto a la playa, pero la cuestión del alimento resultó ser más peliaguda debido a que tanto la vegetación que le rodeaba como los huidizos animales que habitaban en su interior demostraron ser de un tamaño tan diminuto como el de esos extraños enanos -pitufos, creía recordar que se habían autodenominado- y, por lo tanto, difícilmente capaces de saciar su voraz apetito. Por fortuna logró encontrar unos árboles cuyos frutos, de aspecto y sabor similares a los de las naranjas, pero de tamaño equivalente al de un guisante, lograron calmarlo siquiera en parte.

Una vez satisfechas sus necesidades más perentorias, se vio obligado a plantearse el camino a seguir. Por un lado deseaba castigar a tan inhospitalarias criaturas, pero desconocía por completo la geografía del lugar y tampoco sabía donde podría encontrarse su aldea, probablemente escondida en lo más espeso del bosque. Y por encima de todo, lo que deseaba era volver a tierras civilizadas.

El descubrimiento de uno de los botes del naufragado buque, milagrosamente intacto y varado en la playa, le ayudó a decidirse. Tras comprobar que no presentaba vías de agua, llenó en el arroyo un pequeño barril que descubrió en su interior, colmó los bolsillos de su casaca con los pequeños frutos y, sin encomendarse a nada ni a nadie, se embarcó rumbo a mar abierto.

Tuvo suerte; una semana después, cuando hacía ya tiempo que había agotado sus magras provisiones y veía cernirse sobre él el fantasma de la muerte, su pequeña embarcación fue avistada por un buque inglés que, tras rescatarle más muerto que vivo, le llevó de vuelta a su país.

Lo que entonces desconocía Gulliver era que todavía debería vivir sorprendentes aventuras en remotos y exóticos lugares tales como el País del Fútbol, donde era considerado delito, y castigado con duras penas de cárcel, no ser aficionado a ese deporte; el País de los Tertulianos Radiofónicos, donde era obligatorio seguir las tertulias durante un mínimo de ocho horas al día o, el más peligroso de todos con diferencia, el País de los

Políticos en Campaña Electoral, donde se vería sometido a las más azarosas circunstancias de toda su larga vida. Pero esto corresponde ya a otra historia, y será narrado en su momento.

VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE KAFKA

Las manos de uno de los hombres se posaban en la garganta de K.

El resto de su cuerpo, convulso y ensangrentado, yacía a los pies de K. roto como un guiñapo, con un rictus de estupor todavía marcado en su yerto rostro.

Emitiendo un áspero chirrido con su poderosa e inhumana garganta, K. se desembarazó de los amputados despojos fijando sus grandes ojos facetados en el aterrorizado compañero del muerto, acurrucado contra la pared apenas unos metros más allá.

Éste, dominado por el pánico, intentó huir sacando fuerzas de la flaqueza. Mas no logró llegar demasiado lejos.

Nunca encolerices a un insecto.

Nunca, al menos, cuando en éste se aúnen la talla y la inteligencia del antiguo ser humano que fue con la fortaleza física y la crueldad de la bestia que es ahora.

CON RENFE YA HABRÍA LLEGADO

Miguel Strogoff, el intrépido correo, se había visto obligado a afrontar penalidades sin cuento teniendo que cruzar una ciudad colapsada por un tráfico infernal y tardando varias horas en llegar a su destino, una población del cinturón metropolitano. A ello se sumaban la tensión de conducir, el insoportable ruido de los cláxones, la contaminación... y el no menos arduo problema del aparcamiento una vez alcanzada su meta.

Cuando finalmente logró su objetivo pasó junto a una estación de Cercanías, lo que le hizo recordar una antigua frase publicitaria: "*Con Renfe ya habría llegado*".

SI BEBES...

-Doctor, no aguanto más. Daría mi alma, si la tuviera, por volver a ser una persona normal.

-Señor conde, entiendo perfectamente como se siente usted, pero por desgracia nadie, o casi nadie, suele ser dueño de su destino. Así pues, no nos queda más remedio, nos guste o no, que resignarnos y asumir lo que nos depare del destino.

-Eso queda muy bonito dicho así -rezongó el paciente-. Pero convendrá usted en que ser un monstruo supone tener que pagar un precio exageradamente alto por esa resignación que usted predica.

-Mi querido Vlad, sabe usted que no resulta educado utilizar la palabra *monstruo* para referirse a cualquiera de los residentes en este refugio, ni siquiera aplicándoselo usted mismo. Si llegamos aquí huyendo de los prejuicios criminales de la chusma hacia todos aquellos que eran diferentes, flaco favor nos haríamos cayendo en sus propias trampas retóricas.

-Monstruo, diferente... -se burló el aristócrata balcánico-. En la práctica poco importan las palabras; por mucho que las cambiemos, nunca lograremos modificar los hechos.

-¿Se siente usted un monstruo? -contraatacó el galeno-. ¿Alguien repulsivo y merecedor, por ello, de ser exterminado? En ese caso quizá debiera haberse quedado allá abajo, a merced de esos salvajes...

-¿Para que me clavaran una estaca afilada en el corazón en cuanto me pillaran inerme en el interior de mi ataúd? Por supuesto que no. Pese a todo, todavía tengo cierto apego a mi vida... a mi no vida -se corrigió-. ¿Acaso le parece tan extraño, herr Frankenstein?

-Desde luego que no, señor conde; doy por supuesto que, por encima de todas nuestras diferencias, físicas o mentales, siempre nos unirá el instinto de conservación... precisamente por eso es por lo que todos nosotros estamos aquí.

Hizo una pausa y continuó:

-Lo que no acabo de comprender, es que reniegue usted de su condición de vampiro. Aquí está a salvo y entre amigos, y lo que usted considera equivocadamente su monstruosidad no es diferente, en la práctica, de las distintas singularidades de cualquiera de nuestros compañeros.

-De todos... excepto de usted -replicó Drácula con tono mordaz.

-¿Lo dice porque, desde un criterio estrictamente anatómico y fisiológico, yo soy un humano vulgar? -suspiró Víctor Frankenstein bajando la mirada-. Mi querido amigo, no se deje engañar usted por las apariencias. De poco sirve que mi cuerpo sea completamente normal según los criterios humanos si para la mayor parte de mis congéneres soy tan monstruo o más que cualquiera de ustedes. Porque, según su hipócrita moral, mi pecado es todavía peor al haber burlado los designios divinos osando crear vida a partir de la muerte.

-Tampoco es que sea para tanto, teniendo en cuenta que las dotes intelectuales de ese zote que creó no son precisamente su rasgo más destacado -contemporizó el vampiro. Y, dándose cuenta de su error, rectificó-. Bueno, discúlpeme, no pretendía herir su sensibilidad cuestionando su valía científica...

-No se preocupe, no soy tan susceptible, y además no le falta razón al considerar mi experimento como un fracaso. Además -sonrió-, estamos entre amigos. Sí, es cierto, mi criatura no resultó ser precisamente un dechado de virtudes, y desde luego no descuella por su inteligencia; pero su mera existencia, y el hecho de que los ignorantes campesinos lo consideraran inmediatamente como un monstruo, bastó para convertirme en un proscrito, hasta el punto de confundir mi apellido con él. Y por si fuera poco, el muy ingrato renegó también de mí cuando me negué a conseguirle una compañera; ¿para qué la querría, además, cuando yo no me había molestado en proporcionarle un aparato reproductor funcional?

-En cualquier caso -concedió el antiguo aristócrata valaco-, lo cierto es que usted está aquí con nosotros, lo que le convierte en uno más de los nuestros.

-Le agradezco esa deferencia, señor conde, pero si no le importa desearía que dejáramos de hablar de mí y retomáramos el tema que le ha traído hasta aquí -repuso Víctor Frankenstein haciendo un gesto de impaciencia con la mano-. Su depresión, o lo que usted considera como tal.

-¿Cree que exagero?

-No, en absoluto. Me consta su sinceridad. Pero pienso que usted se equivoca, y que en realidad no tiene motivos graves para estar deprimido. Y si me apura -añadió, impidiendo que éste le replicara-, le diré que pienso que es usted uno de los más privilegiados, si no el que más, de todos los que formamos parte de nuestra pequeña y heterogénea colonia.

-¡Qué me dice! -se sorprendió el vampiro olvidándose de su abortada protesta-. ¡Que yo...! ¡Usted bromea!

-No puedo hablar más en serio. Usted es un aristócrata, todo un caballero... y obvio lo de inmortal porque aquí todos, incluso yo vete a saber por qué razón, de uno u otro modo lo somos. Si me pidieran que le definiera con adjetivos, todos ellos habrían de ser elogiosos. Sin embargo, nuestros pobres compañeros...

-Empiezo a sospechar por donde quiere ir usted...

-No es ningún secreto -concedió Frankenstein mostrándole las palmas de las manos-. Ahí tiene a mi pobre criatura, vagando cual alma en pena en busca de su inexistente compañera sin ser consciente siquiera de que poco o nada podría hacer con ella en caso de que la encontrara... ya que su cociente intelectual es el equivalente al de un cretino.

Hizo una pausa un tanto teatral, y continuó:

-¿Y qué me dice del hombre lobo, con su horrible naturaleza semianimal? ¿O de la momia, varios miles de años encerrada en un sarcófago olvidado en la cámara interior de una pirámide, que ahora no inspira terror sino lástima, con sus vendajes mortuorios podridos y cayéndosele en pedazos?

-Bueno, visto así...

Pero Frankenstein estaba ya lanzado y hubiera resultado extremadamente difícil refrenar su fogosidad dialéctica.

-Por no hablar ya de los patéticos zombies, a los que lo que se les cae a pedazos es su propio y putrefacto cuerpo... y ahí tiene también al desdichado Hombre Elefante, cuyas deformidades siguen repeliéndonos incluso a nosotros a pesar de la dulzura de su carácter. Podría seguir enumerando a seres como los ogros, los orcos o los trolls, perseguidos con saña durante siglos y exterminados sin piedad cuando tenían la desgracia de caer en manos de sus perseguidores; o a las brujas, las pocas supervivientes de las hogueras que pudieron refugiarse aquí.

-Ya, pero no todos son tan monstruosos. Erik, por ejemplo...

-¿El Fantasma de la Ópera? Cierto, es elegante y caballeroso, todo un dandi... mientras no se quita la máscara.

-¿Y el Hombre invisible?

-Otro caballero... si no fuera por la desconfianza que genera el hecho de que pueda estar a tu lado, espiándote, sin que tú seas consciente de ello. Y conste que sólo estamos hablando de los residentes en nuestro refugio, tengo entendido que la colonia de monstruos mitológicos que, según dicen, existe en algún otro universo paralelo al nuestro y al del mundo real, es todavía peor; sólo tiene que consultar un diccionario de mitología griega para comprobarlo: Cerbero, el Minotauro, la Hidra de Lerna, Medusa y sus hermanas las Gorgonas, Equidna, Tifón, Quimera, la Esfinge, Escila, Caribdis, las Arpías, los Grifos, el Basilisco, Ceto, Ladón... y estamos hablando tan sólo de los monstruos griegos, imagínese si tenemos también en cuenta además a los de otras mitologías, incluyendo los procedentes del ámbito de los superhéroes como Hulk, Bestia o la Cosa...

-De acuerdo -concedió Drácula-. Admito que mi situación sea, desde un punto de vista objetivo, bastante más afortunada que la del resto de mis compañeros, tal como acaba de afirmar usted... pero eso no quiere decir que no tenga también mis propios problemas. Y sin pretender en modo alguno compararlos con los de los demás, ni mucho menos menospreciar a nadie, lo cierto es que me están causando una turbación muy considerable.

-Está bien -suspiró el doctor Frankenstein que, pese a distar mucho de ser un psiquiatra, lo cierto era que le habían convertido de facto en el psicoanalista de su pequeña comunidad-. Le escucho.

-Todo radica en mi régimen hematófago -confesó el vampiro con un hilo de voz, tal como si se avergonzara de ello.

-¿Con la sangre? -la sorpresa del cirujano era auténtica.

Y ante el mudo asentimiento de su interlocutor, continuó:

-¿Qué le ocurre? ¿Acaso carece de suficiente comida?

-¡Oh, no! Al contrario. Desde que vivo aquí, me resulta más fácil que nunca. Gracias al truco de saltar a mi antojo de un universo a otro, puedo visitar la Tierra cuando quiera y donde quiera; tras haber cazado a mi víctima, me limito a esfumarme tranquilamente sin que nadie pueda echarme el guante. Se acabaron los tiempos de incertidumbre en los que siempre corría el riesgo de ser atrapado mientras descansaba en la cripta durante las horas diurnas.

-Entonces... no lo entiendo.

-Lo que ocurre -confesó Drácula-, es que no deseo seguir alimentándome de sangre.

-No lo entiendo... -repitió mecánicamente Frankenstein-. Usted es un vampiro, y los vampiros siempre...

-¡Ya lo sé, maldita sea! -explotó el conde-. Ésta es precisamente mi tragedia. He intentado sustituir la sangre por todo tipo de líquidos nutritivos: leche, zumo de frutas, extractos vegetales, refrescos con y sin alcohol, vino, cerveza, caldos, purés... hasta con orujo gallego. Imagínese hasta donde llegó mi desesperación que incluso llegué a probar con colonia e incluso con champú, que dicho sea de paso resultó ser un magnífico purgante. Pero se ve que mi maldito metabolismo tan sólo funciona bien con sangre fresca, preferiblemente humana.

-Era de esperar -respondió el doctor haciendo un gesto de incredulidad-. Por eso es usted un vampiro. No chupa sangre por maldad ni por perversión como creen quienes tan aventuradamente les tildan de monstruos, sino por pura necesidad al igual que cualquier

depredador devora la carne de sus presas. Quizá pudiera usted subsistir durante algún tiempo, en caso de necesidad, con sangre preparada para las transfusiones e incluso con plasma sanguíneo, pero supongo que a la larga su cuerpo se resentiría por la falta de determinados nutrientes. Pero dígame, ¿a qué viene ahora ese repentino afán de sustituir la sangre por cualquier otro alimento? ¿Acaso ha empezado a sentir remordimientos por tener que matar a sus víctimas?

-¡Oh, no! En absoluto. Bueno, no más que los que pudiera sentir un león tras cazar a una cebra, o un tiburón al engullir un atún.

-Entonces... ¿de qué se trata?

El conde bajó la vista al suelo y, cual chiquillo cogido en falta, confesó entre turbado y avergonzado:

-No puedo comer sangre porque me lo prohíbe mi religión.

-¿Quéeeee? -la súbita aparición de Belcebú entre lenguas de fuego y densas humaredas de azufre no hubiera sorprendido tanto al pragmático cirujano-. ¿Religión? ¿Qué religión?

-¿Cuál va a ser? -musitó Drácula con un hilo de voz-. La única verdadera. Hace meses, durante una de mis periódicas visitas a la Tierra con objeto ¡ejem! de buscar mi sustento, tuve la inmensa suerte de encontrarme con la Revelación.

-¿Revelación? ¿De qué? -Frankenstein cada vez entendía menos.

-Me refiero a que alcancé el privilegio de ser acogido entre los elegidos por el Señor.

-No estará intentando decirme que ha sido captado por una secta...

-¿Secta? Esa es la forma despectiva con la que los gentiles nos insultan a los siervos de Jehová.

Al oír la palabra “Jehová” un engranaje saltó al fin en la mente del médico.

-¿Se ha convertido en testigo de Jehová? ¿Lo dice en serio?

-Entiéndalo así si quiere; lo cierto es que, gracias a Su auxilio, he conseguido librarme definitivamente de las garras del Maligno.

-Pero... si esa... religión -aun perplejo, Frankenstein consiguió evitar pronunciar la palabra *secta*- prohíbe a sus adeptos comer sangre... ¡y usted se alimenta con ella!

-Me alimentaba, mi querido doctor. Me alimentaba.

-¿No acaba de decirme que no puede sustituirla por ningún otro alimento? ¿Cómo piensa usted subsistir?

-Le recuerdo, doctor, que aquí somos todos inmortales...

-Ya. Es cierto que no morirá de inanición, pero se debilitará enormemente si interrumpe su dieta sin sustituirla por ninguna otra, eso también es conveniente tenerlo en cuenta.

-Dios proveerá en su divina misericordia -Tras desvelar su secreto Drácula no era ya la figura atormentada de minutos antes, habiéndose transfigurado en otro muy distinto.

-Usted mismo, hace tan sólo un momento, me confesaba que no podía seguir así -le espetó Frankenstein al límite de su asombro-. Y ahora, por el contrario, me dice que...

-La carne es débil, mi querido amigo, incluso la carne muerta de los vampiros. No es de extrañar, pues, que tenga momentos de flaqueza. Por fortuna, cada vez que lo invoco Él me ayuda a superarlos.

-Sí, pero no creo que esa ayuda divina pueda servir para contrarrestar la debilidad causada por su forzado ayuno; por mucho que invoque a su Jehová, me temo que tendrá que seguir comiendo algo.

-Por eso es por lo que vine a pedirle ayuda, doctor, para que me dijera qué es lo que puedo tomar sin contravenir las leyes divinas.

Iba Frankenstein a soltar un ex abrupto cuando, pensándolo mejor, decidió optar por una táctica evasiva.

-Bien, no le puedo prometer nada, pero indagaré; supongo que quizá pueda encontrar algún tipo de extracto proteínico y vitamínico enriquecido con hierro que sea adecuado para su metabolismo... sin que en sus ingredientes entre ningún tipo de sangre, ni humana ni animal -le tranquilizó-. Déjeme unos días y ya le avisaré cuando haya encontrado algo.

-Se lo agradezco infinito, doctor. No sabe cuánto sería de ayuda para mí poder acabar de forma definitiva con tan execrable hábito sin correr el riesgo de tener tentaciones, ya sabe que el Maligno anda siempre urdiendo estratagemas para desviarnos del camino recto y perdernos en el infierno. En justa correspondencia -ofreció, al tiempo que se le iluminaban los ojos- me gustaría ayudarle a encontrar el camino de la Revelación...

-Gracias, pero de momento estoy demasiado ocupado -replicó Frankenstein, justificadamente temeroso del cargante proselitismo de esta secta-. Quizá más adelante...

Una vez que Drácula hubo abandonado el despacho, su ocupante exhaló un profundo suspiro mitad de desesperación, mitad de alivio.

-¡Será...! -exclamó para sí al tiempo que pensaba en la necesidad de buscarse una buena excusa para el futuro, ya que lo que menos deseaba era tener que soportar una tabarra religiosa-. ¡Un vampiro testigo de Jehová! ¿Cuándo se ha visto eso?

LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DÍAS... Y PICO

Phileas Fogg, el intrépido caballero inglés que había arriesgado toda su fortuna apostando que sería capaz de dar la vuelta al mundo en ochenta días, se presentó impasible en el salón del Reform-Club justo en el momento en el que según su reloj se cumplía el plazo estipulado para rendir cuentas de su viaje.

Tan sólo unos minutos antes Fogg estaba convencido de haber perdido la apuesta por culpa del estúpido policía Fix, que le había detenido nada más poner pie en territorio británico acusándole falsamente -¡a él, todo un esquire!- de haber sido el autor de un importante robo en el Banco de Inglaterra. Aunque la captura del verdadero ladrón demostró su inocencia y permitió su inmediata puesta en libertad, este inoportuno trance le había impedido llegar a Londres con tiempo suficiente para lograr su proeza.

Por fortuna no había contado con el hecho de que al viajar de oeste a este, es decir en el mismo sentido que la traslación de la Tierra, había ganado un día en su azaroso periplo en torno al planeta, por lo cual su llegada a Londres había tenido lugar la víspera del día previsto. Fue su criado, el fiel Picaporte, quien se percató de ello cuando ya faltaba muy poco para que venciera realmente el plazo y, tras haber sido apercibido de esta circunstancia, mister Fogg se había encaminado, en una carrera contrarreloj, al salón del Reform-Club donde se había convenido que se presentara.

Apenas le sobraron unos segundos, pero fueron suficientes para que hiciera una entrada triunfal y, con su característica flema británica, se presentara diciendo:

-Aquí estoy, señores.

Los allí presentes le miraron con caras de sorpresa que se transformaron en sonrisas de satisfacción por parte de sus rivales. Uno de ellos, John Sullivan, le espetó, con una delicadeza poco acorde con su categoría social:

-Lo lamento infinito, mister Fogg, pero he de comunicarle que usted ha perdido la apuesta.

-¡No puede ser! -exclamó éste-. Hoy es el día en el que vencía el plazo, y entré por esa puerta justo antes de que el reloj diera las campanadas correspondientes a las ocho y cuarenta y cinco de la tarde, hora estipulada para su término.

-Todo es correcto, mister Fogg, excepto en un detalle: usted llegó a las nueve y cuarenta y cinco, menos algunos segundos. Casi con una hora de retraso.

Y viendo el gesto de estupor de su interlocutor, explicó:

-Me temo que debió olvidarse de adelantar su reloj para ajustarlo al horario de verano.

N. del A.: Sí, ya sé que en la novela de Julio Verne el viaje de Phileas Fogg alrededor del mundo tuvo lugar entre el 2 de octubre y el 21 de diciembre de 1872, por lo que difícilmente le podría haber afectado el adelanto horario que suele tener lugar en el mes de marzo, si es que tal costumbre hubiera estado implantada en su época; pero como es fácil comprender, me ha sido necesario alterar ligeramente esta cronología para poder escribir el relato. En cualquier caso, éste puede ser considerado como una ucronía de la novela original ocurrida en un universo literario paralelo.

PROBLEMA INSOLUBLE

-Señor conde, esto no puede seguir así -el sanitario no se molestaba en disimular su malestar al tiempo que restañaba a su paciente los cortes que presentaba en el cuello-. Es la quinta vez en dos semanas que viene usted aquí con el mismo problema y, sinceramente, ya es hora de que adopte medidas para evitar que le vuelva a suceder... se lo digo por su propio bien, que conste.

-¡Ay, hijo, qué razón tienes! -concedió el anciano aristócrata-. Ya me gustaría a mí poder hacerte caso. De hecho, en mi castillo siempre había tenido a un barbero entre mi personal doméstico, pero qué quieres... la crisis económica nos ha afectado a todos y yo, aunque noble descendiente de una estirpe centenaria, no me he librado de ella, de modo que me vi obligado a prescindir de sus servicios junto con los de la mayor parte de mi antigua servidumbre -suspiró apesadumbrado.

-Ya, si eso lo entiendo, al igual que entiendo que una persona de su alcurnia no desee acudir a una peluquería pública... pero la mayoría nos afeitamos en casa, y aunque no quede igual que en manos de un profesional, no apañamos...

-Pero tú te ves en el espejo -respondió Drácula tajante-. Yo lo tengo un poco más complicado.

Y comprobando que el sanitario ya había terminado la cura se levantó del asiento, le dio secamente las gracias y abandonó el centro de urgencias arrebujándose en su negra capa. Instantes después, la sombra aleteante de un murciélago se perfilaba fugazmente sobre la pálida faz de la luna llena.

CURRICULUM ADECUADO

-Nombre, apellidos y número de identificación fiscal, o NIE si es extranjero -recitó el funcionario de la oficina de empleo con voz átona; después de cinco horas de trabajo ininterrumpido (y veinte años de antigüedad en el mismo puesto) llevaba ya un buen rato trabajando en modo automático.

-Dracul, Vlad Dracul... -respondió el demandante, un anciano de aspecto atildado en cuyo afilado rostro podía apreciarse un inequívoco gesto de incomodidad y desagrado. Y a continuación, desgranó una serie de cifras.

-Vaya -manifestó con sorpresa el funcionario-. Al parecer ésta es su primera demanda de empleo -y tras el asentimiento tácito de su interlocutor continúo-. Tendré entonces que abrirle una ficha. Dígame -preguntó mientras tecleaba-. ¿Cuál es su profesión?

-¿Mi profesión? -respondió el interpelado, mitad sorprendido mitad irritado-. Ninguna servil, por supuesto. Soy conde -concluyó con tono de orgullo herido.

-Pero a algo se dedicaría antes, o bien estudiaría...

Dracul se removió inquieto en su asiento, añorando los tiempos en los que su voluntad era ley y cualquiera que la trasgrediera podía ser ajusticiado sin que nadie le pidiera cuentas. Decididamente, las cosas habían empeorado desde entonces.

-Yo... -vaciló, tal como lo hace quien necesita encontrar la palabra adecuada en un idioma que no es el suyo materno-. Yo era rentista. Siempre había vivido de mi patrimonio, pero la maldita crisis económica me ha llevado a la ruina y por eso me veo obligado a buscar trabajo -concluyó con un hilo de voz, avergonzado ante tan humillante confesión.

-¿Y qué sabe hacer usted?

Durante unos instantes el aristócrata estuvo tentado de responder que era experto en empalar a impertinentes como él, pero finalmente triunfó la prudencia limitándose a decir:

-Se me da bastante bien chupar sangre.

-Pues... no sé si con ese perfil vamos a poder encontrar algo, con lo difícil que están las cosas, sobre todo en la sanidad... y menos aún con su edad -rezongó el funcionario, fastidiado por verse obligado a realizar un trabajo tan inútil.

Pero el ordenador le reservaba una sorpresa.

-¡Vaya! -exclamó perplejo-. Pues sí, ha tenido suerte; aquí hay algo que se ajusta bastante a su perfil. Espere un momento a que se lo imprima y luego puede usted ir a la dirección que se indica.

Varios días más tarde el país entero se sorprendía al conocer el nombre del nuevo ministro de Hacienda, del que se decía que no le temblaría el pulso -algo difícil, por otro lado, dado que llevaba siglos muerto- a la hora de recaudar los impuestos.

MUTACIÓN INDESEADA

Ser el médico de la Ciudad de los Monstruos no es en absoluto una empresa fácil, pero de alguna manera me tenía que ganar la vida después de las tropelías que cometió la criatura a la que en mala hora decidí insuflarle vida, sobre todo teniendo en cuenta que, a diferencia de la obra en la que una escritora inglesa noveló mi malhadado intento de emular al Creador, ninguno de los dos morimos en las vastedades heladas del Océano Ártico sino que, una vez reconciliados -al fin y al cabo yo era su padre-, optamos por buscar refugio en el único lugar en el que todos los seres que han sido rechazados por la sociedad pueden llevar una vida más o menos normal dentro de lo que cabe.

Y como cabía suponer, gracias a las recomendaciones de mi *hijo* y también a la ausencia de una alternativa mejor, fui contratado como médico de esta pequeña comunidad, con lo cual he acabado especializándome en todo tipo de variantes de aquello que allá en la Tierra se ha venido denominando monstruoso o bestial... aunque en el fondo mis pacientes no son peores, y en muchos casos son incluso mejores, que los engreídos humanos pretendidamente normales.

Pero ésta es otra historia que quizá relate algún día, ya que ahora prefiero limitarme a contar un caso concreto de los muchos que me he visto obligado a tratar, el del señor Hyde. Como supongo que todos ustedes conocerán la novela de Robert Louis Stevenson, al igual que la mía también basada en un caso real, considero innecesario explicar lo que le ocurrió al doctor Henry Jekyll, otro aprendiz de brujo como yo, cuando imprudentemente decidió ingerir la pócima que le convertiría en la antítesis de sí mismo, en principio controlada gracias a un antídoto pero más tarde de forma totalmente aleatoria y fuera del control, por lo cual también se vio obligado a refugiarse aquí tras simular su muerte.

Y ahora me visitaba como paciente bajo el avatar de Hyde. El tosco hombretón se sentó frente a mí y con su ruda voz me espetó:

-Doctor Frankenstein, vengo a pedirle ayuda.

-Esa es mi labor -respondí con flema al tiempo que intentaba evitar, sin aparecer maleducado, los malolientes efluvios de su aliento-. Dígame en qué puedo ayudarle.

-¿Acaso no lo sabe usted? -gritó al tiempo que estampaba un fuerte puñetazo sobre la mesa-. ¿Acaso no conocen todos aquí mi desgracia? ¿Acaso -elevó la voz hasta convertirla en un bramido- han intentado ustedes, siquiera una sola vez, ser conscientes de hasta qué extremos puede alcanzar la tortura de esta maldita metamorfosis periódica? ¿Acaso...?

-Por favor, señor Hyde, cálmese -intenté apaciguarlo-. Y le ruego que disculpe mi torpeza, lamentablemente la deformación profesional me lleva a introducir de forma impremeditada estas inoportunas coletillas.

-Está bien -rezongó, ya más tranquilo-. Yo también le pido disculpas por mi mal carácter. Pero le juro que estoy desesperado por estas continuas e incontrolables transformaciones de Jekyll a Hyde, o viceversa... no se puede imaginar lo que suponen.

-Lo entiendo, o al menos lo intento, y le aseguro que procuraré ayudarle con todos los medios a mi alcance.

Aunque aparentemente había conseguido recobrar el control de la situación, mantuve la mano izquierda prudentemente cercana al botón de alarma camuflado bajo el tablero de la mesa; mi criatura, que solía permanecer durante las horas de consulta en la habitación contigua, había resultado ser un magnífico guardaespaldas capaz de librarme de las situaciones más comprometidas las cuales, con semejante clientela, solían ser más frecuentes de lo que yo hubiera deseado.

Pero esta vez no fue necesario recurrir a su ayuda dado que Hyde, en uno de sus habituales cambios de humor, pasó sin transición del enfurecimiento a la depresión. Esperaba, eso sí, que no le diera por metamorfosearse justo en ese momento; aunque estoy acostumbrado a tratar con todo tipo de aberraciones teratológicas, al fin y al cabo el más normal -y casi el único- de todos los habitantes de este lugar soy yo, este proceso nunca resulta agradable de ver. Pero no, Hyde siguió siendo Hyde y, con una inusitada humildad, imploró:

-¿Me ayudará, doctor? ¿Me ayudará?

Le volví a responder que sí, o que al menos lo intentaría pese a que, dada la inexistencia de bibliografía clínica sobre un caso tan excepcional como el suyo, no le podía garantizar unos resultados definitivos. No obstante, casualmente acababa de leer en internet -aunque monstruosa, nuestra comunidad no se mantiene ajena a los avances tecnológicos- un artículo en el que se describía un tratamiento experimental para impedir que las células normales se tornaran cancerosas y, aunque se trataba de un problema distinto al suyo, podría resultarme útil para intentar poner freno a las transmutaciones periódicas que experimentaban las células y los tejidos de su cuerpo.

Hyde me mostró su agradecimiento al tiempo que rogaba que comenzáramos el tratamiento lo antes posible, a lo cual yo le respondí que, además de necesitar algún tiempo para preparar el instrumental y los productos químicos necesarios, tendríamos que esperar a que se transmutara en el doctor Jekyll, con objeto de poder fijar su personalidad.

Para mi sorpresa éste montó repentinamente en cólera y alzándome en vilo por las solapas, lo que puso fuera de mi alcance el botón salvador, me espetó a la cara:

-¿Es que no lo comprende, maldito remiendacadáveres? Yo soy Hyde, y deseo seguir siendo Hyde. Lo que quiero, y más le vale que lo consiga, es que me libre para siempre de ese maldito, relamido y afeminado Jekyll.

Tras lo cual me arrojó contra el sillón y, dando un fuerte portazo, abandonó la consulta. Cuando mi criatura, alarmada por los ruidos, quiso salir en mi ayuda, tan sólo la desencajada puerta quedaba como testimonio de su paso.

LA VERDADERA HISTORIA DEL QUIJOTE (I)

Miguel de Cervantes, cuya vida no había sido fácil y su carrera como escritor había resultado azarosa, ya no era joven, estaba parcialmente incapacitado por las heridas recibidas en Lepanto que le habían inutilizado la mano izquierda y carecía de los medios económicos suficientes para llevar una vida relajada.

Port si fuera poco, la avasalladora irrupción de Lope de Vega en los corrales de comedias le había privado de lo que hasta entonces fuera su principal fuente de ingresos, el teatro. Así pues, ahora intentaba probar suerte con la novela basándose en la historia que le contaron en la Mancha acerca de un hidalgo que se volvió loco leyendo libros.

Ya tenía pergeñadas las líneas generales del argumento, así como a sus personajes, en los que pretendía reflejara a la sociedad rural que tan bien conocía por sus andanzas a través de media España comparándola con los artificiosos reinos de los libros de caballerías. Tan sólo le restaba empezar a escribirlo, algo en lo que se había visto frenado al tropezar con un inesperado escollo: por más que se esforzaba, no lograba recordar el nombre del pueblo en el que había vivido el malhadado hidalgo al que pretendía convertir en el principal protagonista.

Incluso había escrito una lista con los nombres de las principales localidades de la comarca, pero pese a leerla y releerla una y otra vez, ésta seguía burlándose de todos sus esfuerzos.

-¡Maldita sea! -exclamó airado tirando la pluma sobre la mesa-. ¿Será posible que no consiga acordarme de ese dichoso lugar? Desde luego, cada vez tengo peor la memoria. A ver si estoy empezando con el alzheimer...

De repente una idea le vino a la cabeza y, recogiendo la pluma, escribió con letra firme:

-"*En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...*"

-Bueno -se dijo-, en realidad no miento, ya que tampoco es tanta la diferencia entre querer y poder acordarse...

Tras lo cual siguió escribiendo la obra que le haría famoso, aunque esto era algo que él todavía ignoraba.

LA VERDADERA HISTORIA DEL QUIJOTE (II)

Miguel de Cervantes estaba intentando empezar a escribir el Quijote. Ya tenía pergeñadas las líneas generales del argumento así como a sus personajes, tan sólo le faltaba elegir el lugar donde ambientar las andanzas del hidalgo transmutado en caballero andante. Y aquí era donde se había atascado.

Ciertamente no era un asunto baladí. Puesto que la novela pretendía ser una burla de los libros de caballerías, y éstos solían estar ubicados en reinos imaginarios, el escritor alcalaíno daba mucha importancia al territorio natal de su protagonista. Pero no servía uno cualquiera. Había descartado nombres rimbombantes, puesto que lo que él quería era ridiculizar el género -salvo excepciones- por vía de su vulgarización. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que situando a su protagonista en un lugar perfectamente identificable para los lectores que, al mismo tiempo, fuera la antítesis de las Gaulas, las Niqueas, las Grecias, las Hircanias, las Candarias, las Californias y tantos otros?

Tenía claro que debería ser un reino o una comarca no sólo real, sino también de lo más corriente y, a ser posible, uno de esos sitios a los que a la gente no le agradara demasiado ir. Pero ¿cuál? ¿Castilla? ¿Aragón? ¿Andalucía? ¿Sicilia? ¿Perú? ¿Las Canarias? ¿Las remotas Filipinas? No, todos ellos eran demasiado grandes.

¿Mejor una comarca como Sanabria, la Axarquía, la Alcarria, la Tierra de Campos, el Maestrazgo, el Bierzo, la Maragatería, las Hurdes, los Monegros...?

Desesperado, dio un puñetazo en la mesa. Ésta cojeaba y se tambaleó, volcándose el tintero sobre la hoja en la que tan sólo había llegado a escribir "*En un lugar de...*".

-¡Lo que faltaba! -exclamó irritado viendo extenderse la negra mancha-. ¡Como si el papel lo regalaran! ¡Menos mal que ni siquiera había escrito el nombre de...!

De repente una idea le vino a la cabeza, esa misma idea que hasta entonces le había resultado esquiva. Frenético limpió el desaguisado -no era fácil con sólo una mano- y, cogiendo otra hoja de papel en blanco, mojó la pluma en el tintero escribiendo con letra firme:

-"*En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...*"

-Bueno -se felicitó-, asunto solucionado. Y hasta suena bien el nombre.

Tras lo cual siguió escribiendo la obra que le haría famoso, aunque esto era algo que él todavía ignoraba.

ROMEO Y JULIETO

Verona desbordaba de alegría. Los Montesco y los Capuleto, las dos familias rivales, habían decidido cesar en su hostilidad secular y, para sellar la alianza acordaron celebrar dos matrimonios entre sus herederos Romeo y Julieto y las doncellas Rosalina y Cordelia.

Sin embargo, los acontecimientos no se desarrollarían tal como habían sido previstos. Romeo y Julieto, enamorados en secreto, huyeron la víspera de los esponsales abandonando a sus respectivas prometidas para bochorno de las dos familias, las cuales, culpando cada una a la otra del fracaso de la frustrada alianza así como de la ignominia sufrida, rompieron las hostilidades con mayor fiereza que nunca, corriendo ríos de sangre por las calles de la torturada ciudad.

Dado que en Italia no estaba reconocido todavía el matrimonio entre dos personas del mismo sexo, los dos enamorados se desplazaron a España y tras convertirse en marido y marido vivieron felices, aunque no comieron perdices dada su condición de veganos.

LA VERDADERA HISTORIA DE D'ARTAGNAN

Por primera vez en su largos años de servicio al rey, D'Artagnan veía en peligro su vida. Imprudentemente se había internado en un barrio poco seguro buscando un atajo para llegar antes a su destino, un destino que probablemente no llegaría a alcanzar puesto que había caído en una celada viéndose obligado a enfrentarse en solitario a tres rufianes que pretendían darle alevosa muerte.

D'Artagnan no los conocía, pero eso era lo de menos; sus enemigos eran numerosos y alguno de ellos, no importaba cual, habría contratado a esos tres matones para quitarle de en medio.

No obstante eran hábiles como espadachines, y pese a que dos de ellos habían pagado cara su osadía yaciendo exangües y olvidadas ya sus cuitas, el tercero seguía estando demasiado vivo; y era extremadamente peligroso, puesto que a diferencia del mosquetero, al que la fatiga comenzaba a pasarle factura, su rival se mantenía fresco y la punta de su espada cada vez se aproximaba más a su cuerpo.

Era cuestión de minutos, quizá ni siquiera eso, que D'Artagnan sintiera en sus carnes la mordedura del frío acero que pondría fin a su existencia; así pues, optó a la desesperada por el plan B. Tanteando con la mano libre su cadera mientras su atacante le acometía con una lluvia de peligrosas estocadas, empuñó la pistola que llevaba oculta bajo la capa y, amartillándola, disparó a bocajarro al pecho de su enemigo que, con una expresión de asombro en el rostro, se derrumbó en silencio poniendo fin al desigual duelo.

No había sido una jugada limpia ni propia de un caballero, pero tampoco lo era que tres espadachines acometieran a uno solo, aun tratándose de alguien tan temible como el mosquetero gascón, con ánimo de asesinarlo.

-¡Qué demonios! -se dijo mientras guardaba el arma y limpiaba cuidadosamente la espada en las ropas de su víctima-. Si Harrison Ford lo hizo, no sé por qué yo no puedo hacerlo también.

Eso sí, miró cuidadosamente a uno y otro lado para asegurarse de la ausencia de testigos y, una vez tranquilizado, continuó su camino. Por supuesto jamás relataría lo ocurrido a sus amigos Athos, Porthos y Aramis, más chapados a la antigua que él.

LA VERDADERA HISTORIA DEL DOCTOR JEKYLL Y MISTER HYDE

El doctor Jekyll estaba muy preocupado. Tras múltiples investigaciones había inventado una pócima que, según creía, barrería de él todo cuando de negativo existe en cualquier persona.

Lamentablemente fracasó en su intento, pues lo único que consiguió fue desdoblarse en dos personalidades antagónicas: el benévolo Henry Jekyll y el horrible Edward Hyde, su antítesis sombría. Dos personas en un único cuerpo, pugnando ambas por adueñarse de él expulsando a su rival.

Pero lo peor de todo, lo que acabó arrastrando a Jekyll al suicidio como única manera de acabar con su enemigo, fue el atroz descubrimiento de a qué se dedicaba Hyde cuando él se hallaba ausente: se había convertido en un implacable inspector de Hacienda.

EL DÉCIMO CÍRCULO

Se mire como se mire, Celedonio P. había sido toda su vida una mala persona. O, por decirlo más claro, un mal bicho. Ya de crío, en el colegio, había desarrollado sus dotes innatas de abusón despojando a sus compañeros del bocadillo en el recreo o dedicándose a acosar a quienes le caían mal, sobre todo los buenos estudiantes, por lo general pacíficos, que de forma involuntaria le recordaban lo que él no era.

El servicio militar supuso su doctorado en matonismo, de lo cual se convirtió en un auténtico virtuoso cuando comenzó a ganarse la vida, a ser posible a costa de los demás. De haber tenido un escudo de armas su divisa habría sido probablemente "*Los escrúpulos son patrimonio de los débiles*", y aunque nunca llegó a grabarla la seguía de facto en el convencimiento de que el pez grande tenía perfecto derecho a comerse al chico cuando éste no fuera capaz de defenderse.

Sus negocios resultaron tan fructíferos como sucios, dejando tras de sí un rastro de agraviados de los que no se preocupaba en absoluto, puesto que la empatía era algo de lo que carecía por completo. Engañó, despojó, humilló e hizo cuanto le fue posible por sacar adelante sus intereses, sin el menor respeto a las leyes salvo cuando no le resultaba posible burlarlas. Fue mal hijo, mal hermano, mal esposo, mal padre, mal socio y mal amigo, gracias a lo cual consiguió amasar un notable patrimonio que le permitió vivir holgadamente hasta el final de sus días.

Como cabe suponer a lo largo de su vida se creó muchos enemigos, pero mientras no pudieran hacerle daño ni perjudicar a sus intereses, ¿qué le importaba? Porque siempre fue lo bastante astuto como para mantenerse a flote, incluso en los momentos más apurados.

Pero si hay algo de lo que nadie se libra es de la muerte, y a él le llegó a su hora demasiado tarde para lo que hubieran deseado sus víctimas, y demasiado pronto para truncar su afán de perpetrar nuevas trapacerías. Y con ella, llegó el tránsito.

Celedonio P. nunca había sido creyente o, por decirlo con más propiedad, jamás le había preocupado lo más mínimo aquello que pudiera haber, si es que lo había, más allá de la visita de la Pelona, ni sentía el menor temor a un hipotético castigo por sus desmanes... con el que, para su sorpresa, se encontró a su llegada al mundo de ultratumba.

Inmediatamente tuvo claro que se encontraba en el infierno, pero su estupor no tuvo límites cuando descubrió que éste se ceñía punto por punto al relatado por Dante en la Divina Comedia. Aunque nunca había sido demasiado aficionado a la literatura sí había leído hacía tiempo la descripción del Infierno del escritor florentino, más por morbo que por verdadero interés, no pasando de allí puesto que había abandonado el Purgatorio apenas empezado al resultarle aburrido y ni siquiera se había molestado, por idéntica razón, a

intentarlo con el Paraíso. Así pues sabía, y temía por vez primera en su vida, lo que le aguardaba.

Custodiado por dos hoscos y repulsivos demonios fue llevado ante Minos, el juez supremo del Infierno que determinaba a cual de los diferentes recintos de castigo tendría que ser llevado el condenado. Éste, clavadito al representado en los grabados de Doré, le observó desdeñoso -Celedonio, que tenía su orgullo, logró mantener a duras penas su apariencia arrogante- y comenzó a enroscar su larga cola dándole tantas vueltas como el ordinal correspondiente al círculo infernal al que sería enviado.

Una... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete... ocho... nueve... diez... y aquí fue donde paró.

Celedonio, que recordaba perfectamente este episodio de la Divina Comedia, tuvo los arrestos suficientes para protestar.

-¿Cómo que el décimo círculo? Dante sólo cita nueve.

-Respondió entonces el monstruoso juez con voz tonante:

-En efecto, eran nueve cuando él estuvo aquí, pero los tiempos cambian y nos vimos obligados a ampliar el Infierno creando uno más; el más profundo, el más tenebroso, el más terrible, el más fatal. Es al que enviamos a los pecadores más nefandos, y es en él donde purgarás tus pecados por toda la eternidad en justo castigo a tu perfidia.

-Pero... -objetó el condenado, ya sin intento alguno de disimular su turbación-. ¿Cuáles son los tormentos a que me veré sometido?

-Uno solo, infeliz pecador, pero merced al cual lamentarás una y mil veces haber siquiera nacido -y haciendo una teatral pausa, tronó:

-El décimo círculo es el de los burócratas, que te perseguirán sin descanso y sin piedad ensañándose en tus carnes con sus terribles instrumentos de tortura: ventanillas cerradas, formularios imposibles de rellenar, requisitorias de todo tipo, apremios, trámites interminables, elusión de responsabilidades, normativas absurdas, pérdidas de expedientes, información ininteligible, peregrinación continua de uno a otro negociado y todo el arsenal acumulado por ellos a lo largo de los milenios en su afán por hacer la vida imposible a los ciudadanos; justo merecimiento para quienes como tú creísteis poder burlaros impunemente de todos cuantos tuvieran la desgracia de cruzarse en vuestro camino. Tenéis, pues, lo que os merecéis conforme a la inexorable Ley de Talión.

Dicho lo cual le agarró con la cola y, utilizándola a modo de descomunal honda, le arrojó a las tenebrosas profundidades del Averno.

LA VERDADERA HISTORIA DE ROBINSON CRUSOE

Paseando por su isla Robinson Crusoe descubrió alarmado la huella de un pie desnudo en la arena de la playa, lo que le hizo temer la presencia de caníbales. Esto le obligó a adoptar precauciones en caso de que un grupo de salvajes antropófagos pudiera haber desembarcado en la isla ya que, aunque disponía de armas de fuego, no podría hacer frente a un grupo numeroso de enemigos.

Se escondió, pues, en su refugio y comenzó a rastrear las distintas zonas de su feudo poniendo especial cuidado en ocultarse de los posibles visitantes. No tardó en descubrirlos o, mejor dicho, en oírlos dado que éstos no ponían el menor cuidado en ocultar su ruidosa presencia.

Los invasores se habían instalado, según pudo comprobar, en el otro extremo de la isla, probablemente en la pequeña cala que allí existía. Acercándose con sigilo y oculto tras la vegetación Robinson ascendió hasta una loma desde la que se dominaba la cala y, tendido en el suelo, procedió a vigilar a sus enemigos.

Allí estaban, en pleno desenfreno. Y eran muchos más de los que hubiera podido esperar, descubrió con desazón. Pero se había equivocado al suponer que serían caníbales. No lo eran, aunque el peligro era mucho mayor tal como pudo comprobar al descubrir el gran cartel que se alzaba junto a las improvisadas cabañas:

LA ISLA DE LOS ROBINSONES

EL REALITY MÁS AUDAZ

CON LAS CELEBRITIES MÁS FAMOSAS

EMOCIÓN E INTRIGA A RAUDALES

TELECERO, LA CADENA QUE NUNCA DEFRAUDA

TELECERO, SU CADENA FAVORITA

LA VERDADERA HISTORIA DE ALÍ BABÁ Y LOS CUARENTA LADRONES

Alí Babá se encontraba recogiendo leña en el bosque cuando oyó un ruido que le llamó la atención. Asomándose con cautela, descubrió que un numeroso grupo de jinetes -calculó que serían alrededor de cuarenta- se detenían frente a una roca cargados con sacos aparentemente pesados.

Una vez allí el que parecía ser su jefe se adelantó a pie gritando con voz estentórea: *¡Ábrete, sésamo!*, tras lo cual se abrió una oquedad en la pared pétrea por la que penetró el grupo. Poco después, comprobó sorprendido como los jinetes abandonaban la cueva con los sacos vacíos y, al grito de: *¡Ciérrate, sésamo!*, la abertura desaparecía.

Aguijoneado por la curiosidad Alí Babá esperó prudentemente a que los jinetes se perdieran en la lejanía, tras lo cual se acercó a la roca e, imitando lo que había oído, repitió la frase *¡Ábrete, sésamo!* con toda la potencia de sus pulmones.

Pero la roca no se abrió. En su lugar, se iluminó una parte de su superficie con un mensaje que decía:

"*Por favor, escriba su identificador*".

Y justo debajo:

"*Por favor, escriba su contraseña*".

Completado todo ello con un teclado alfanumérico.

Perplejo el leñador volvió a repetir la frase con idéntico resultado, tras lo cual descubrió un recuadro acompañado del epígrafe "*¿Ha olvidado el identificador o la contraseña?*", que se apresuró a pulsar.

Se abrió entonces una nueva pantalla en la que, junto con opciones tales como "*Recuperar identificador/contraseña*", se encontraba la de "*Consulte a nuestro asesor virtual*", la cual eligió para, a continuación, hacer la siguiente pregunta de forma oral:

-¿Por qué a mí no se me abre la roca y a los otros sí, pese a que he pronunciado la misma frase?

En realidad no esperaba recibir respuesta, pero el sistema informático de la cueva resultó ser lo suficientemente sofisticado para responderle con un mensaje de texto escrito en la misma piedra.

"*La apertura oral era un sistema antiguo que, por su falta de seguridad, fue retirado hace tiempo. Actualmente se utiliza la autentificación en dos pasos, que requiere el identificador y la contraseña junto con un código remitido por SMS al teléfono móvil registrado. Por favor, si desea entrar en la cueva siga este protocolo según las instrucciones adjuntas*".

-¡Pero yo les he oído decir la frase *¡Ábrete sésamo!*, tras lo cual han entrado! -protestó Alí Babá. ¿Por qué a mí no me funciona?

"*El jefe de la banda utilizó el sistema de autentificación en dos pasos tal como le he explicado* -respondió con paciencia la inteligencia artificial-. *Pero como es muy tradicional, le gusta repetir la frase ritual pese a que ahora ésta no sirve para nada. Por favor, escriba el identificador y la contraseña y a continuación el código que le llegue a su teléfono móvil*".

Irritado, Alí Babá abandonó el lugar tan pobre como había llegado. ¿Qué le iba a contar a su mujer ahora?

VALKIRIA ASOCIADAS

ASESORÍA JURÍDICA

A la atención de don Alonso Quijano.

En algún lugar de la Mancha, s/n.

Estimado señor:

En nuestra condición de representantes legales de doña Aldonza Lorenzo le transmitimos nuestro requerimiento para que, desde el momento en que acuse recibo de la presente notificación, renuncie a seguir explotando la imagen de la señorita Lorenzo, aun cuando sea bajo la falsa identidad creada por usted de Dulcinea del Toboso.

Es deseo de la reclamante, quien ni siquiera le conoce personalmente, ejercer su derecho legal a la intimidad conforme a lo establecido en la Constitución Española (Título 1 de los Derechos y deberes fundamentales, Capítulo Segundo Derechos y libertades, Sección 1, artículo 18.1), donde se establece que: "*Se garantiza el derecho al honor, a la intimidad personal y familiar y a la propia imagen*", así como en la Ley Orgánica 1/1982, de 5 de mayo, de protección civil del derecho al honor, a la intimidad personal y familiar y a la propia imagen.

Le recordamos asimismo que la Ley Orgánica 10/2022, de 6 de septiembre, de garantía integral de la libertad sexual enumera, entre los supuestos de violencia sexual, el acoso de cualquier tipo incluyendo la atribución falsa y sin consentimiento de la parte afectada de una relación de esta índole.

Somos conscientes de que su presunto enamoramiento de Dulcinea / doña Aldonza Lorenzo es puramente platónico y no ha atentado voluntariamente, ni de obra ni de palabra, contra el honor de nuestra representada, razón por la que es nuestro deseo alcanzar un acuerdo amistoso sin necesidad de tener que recurrir a instancias judiciales. Para ello, le instamos a que renuncie a invocarla como la dama de sus sueños, así como a identificarla con esa Dulcinea del Toboso fruto de su imaginación.

Por su parte, la reclamante renuncia a cualquier reclamación, judicial o extrajudicial, en defensa de su imagen, su honor y su buen nombre por todo lo acaecido con anterioridad

al presente requerimiento, con la condición de que el reclamado no reincida en ellas. De no ser así, procedería a interponer una denuncia por acoso no consentido conforme a los supuestos establecidos en la citada ley, reclamando una indemnización por daños morales y psicológicos así como un alejamiento de al menos cien kilómetros de su residencia en El Toboso.

En la Mancha, a 23 de abril de...

LA VERDADERA HISTORIA DE ALADINO Y LA LÁMPARA MARAVILLOSA

Aladino, maravillado, cogió en sus manos la lámpara que había encontrado escondida en la gruta. Gracias a la película sabía que no se trataba de una lámpara cualquiera sino de la morada de un genio, y que bastaría con frotarla para que éste surgiera de su encierro y le concediera tres deseos.

Así pues, procedió a hacerlo viendo como de la boca de la lámpara surgía una espesa niebla que poco después se condensaba en una figura de forma humana, el genio.

Pero había algo que no acababa de cuadrar, Quien se encontraba frente a él no tenía aspecto de genio, al menos tal como se lo imaginaba, sino más bien de un burócrata de apariencia anodina ataviado con un sobrio traje negro, incluidos el anacrónico sombrero y el no menos anticuado maletín.

-¿Eres el genio? -le preguntó sorprendido.

-No -respondió éste-. Me llamo Argimiro Malasombra, y soy inspector de Hacienda.

Y viendo la cara de sorpresa del muchacho añadió:

-Hace algún tiempo la Agencia Tributaria y el Sindicato de Genios firmaron un convenio para gravar los bienes obtenidos por la vía de los deseos, y para agilizar los trámites y el cobro de los tributos devengados acordaron crear un cuerpo de agentes interventores encargados de gestionarlos.

-¡Pero si yo no he pedido todavía ningún deseo! -exclamó Aladino-. ¡Ni siquiera he visto todavía al genio!

-No te preocupes, aparecerá en cuanto hayamos resuelto el asunto. Para evitar posibles intentos de evasión de impuestos, nosotros siempre llegamos primero. Una vez hayas declarado la índole de los deseos que vas a pedirle, me conectaré con la tableta al sistema informático de la Agencia y en un momento tendremos calculada la deuda contraída. Sólo tendrás que firmar el consentimiento y, claro está, pagarla. No te preocupes si no dispones de ella en metálico, podrás hacerlo con la tarjeta de crédito o domiciliándola en tu cuenta bancaria.

-Yo, yo... ¡yo no tengo dinero! -protestó el muchacho al borde del colapso-. Pero me haré rico gracias a los tres deseos. Déjame pedírselos al genio y te lo daré.

-La lamento mucho, pero esto no es posible -le interrumpió impertérrito Malasombra-. De acuerdo con el protocolo XL/3217.5 que regula la gestión tributaria establecida en la ley 47/2 de 17 de octubre sobre Gravámenes y tasas correspondientes a los bienes percibidos

mediante concesión de deseos, la liquidación de éstos ha de ser previa a la solicitud de los mismos y, lógicamente, a su concesión. Como cabe suponer -añadió- si la declaración y la liquidación efectuadas no coincidieran con los deseos solicitados y éstos rindieran unos beneficios mayores de los declarados, sería considerado dolo e intento de evadir impuestos, y al contribuyente se le aplicaría una declaración paralela reclamándosele el importe correspondiente a los bienes no declarados junto con un recargo del 20% y, dependiendo del monto de la cantidad defraudada, la correspondiente multa o la incoación de un expediente por delito fiscal.

-Pues no tengo nada con lo que pagarte -respondió abatido Aladino-. Mi madre y yo somos pobres, apenas tenemos lo necesario para comer...

-No te preocupes; puesto que no llegaste a pedir los deseos no has incurrido en irregularidad alguna. Claro está que tendrás que renunciar a hacerlo.

Y mientras el muchacho asentía débilmente con la cabeza Argimiro Malasombra se desvaneció retornando en su forma nebulosa al interior de la lámpara.

-¿Y ahora qué le digo yo a mi tío, que me está esperando afuera? -gimió el infeliz.

* * *

Mientras tanto su interlocutor se materializaba en el interior de su acogedora vivienda, que no por reducida carecía de comodidad alguna. Aunque su aspecto no era ya el de un adusto inspector de Hacienda sino el que cabía esperar de un genio, color azul incluido.

-Tenía razón Ozriz cuando me sugirió esta treta para que los humanos nos dejaran en paz -rió satisfecho-. No hay nada que los acobarde más que un inspector de Hacienda.

Se tumbó voluptuosamente en el mullido diván y continuó con su monólogo.

-Y es que ya estaba harto de que me dieran la tabarra con sus exigencias y sus antojos, como si a mí no me costara esfuerzo conseguirlos... que uno posea poderes sobrenaturales no quiere decir que no estemos tan sujetos como ellos a las leyes físicas; pero ni se molestaban en preguntarme si era capaz o no de hacerlo, simplemente pedían “genio, dame esto” o “genio, dame esto otro” sin importarles un pimiento todo lo demás.

Incorporándose hasta quedar sentado hizo un gesto con la mano y en ésta apareció una copa de cristal finamente tallado conteniendo un delicado licor que degustó con placer.

-El único inconveniente es el engorro de tenerme que disfrazar con ese traje tan ridículo e incómodo, en especial la maldita corbata; nunca entenderé que mientras las mujeres se desembarazaron en cuanto pudieron del corsé, los hombres sigan empeñados en torturarse con este absurdo artilugio. Pero lo importante es que el invento funciona.

Y apurando la copa la hizo desaparecer, conjurando a continuación una bandeja repleta de exquisitos dulces.

-Esto es vida -masculló mientras saboreaba un pastel- sin tener que aguantar más a estos pelmazos. Ahora escucharé algo de música y dentro de un rato llamaré a Eugenia; si acepta, será un buen plan para esta tarde.

EL OCTAVO VIAJE DE SIMBAD

Simbad el Marino estaba decidido a que su séptimo viaje fuera definitivamente el último. Todos habían sido azarosos y en ellos el audaz navegante había arrostrado graves peligros que a punto estuvieron de acabar con su vida. Pese a que siempre había logrado volver sano y salvo a Bagdad, cada vez con más ganancias, y otras tantas veces se había prometido acabar con la vida aventurera dedicándose a disfrutar de sus riquezas en su suntuoso palacio, en todos los casos salvo en el último había incumplido su promesa azuzado por la nostalgia de visitar nuevos países exóticos que aún le quedaran por conocer.

Pero esta vez sería la definitiva. Ya no era joven, y la veleidosa Fortuna podía volverle la espalda tras haber gozado durante tantos años de su favor; había tenido bastante enfrentándose a leviatanes marinos, rapaces ciclópeas, gigantes antropófagos, cavernas de la muerte, Viejos del Mar, ríos subterráneos, hombres demonios y otros tantos peligros de los que se había salvado de forma milagrosa. Así pues, hizo irreversible su decisión de no volver a embarcar más ni tan siquiera para viajar río abajo a la ciudad de Basora, puerta del océano Índico a través del golfo Pérsico y del mar Arábigo que en tantas ocasiones había surcado rumbo a tierras ignotas.

Y lo cumplió. Pero algún tiempo después, cuando pasaba frente a una librería, descubrió en su escaparate un nuevo libro cuyo título no tuvo por menos que sorprenderle:

EL OCTAVO VIAJE DE SIMBAD EL MARINO

MÁS FASCINANTE Y MÁS EXCITANTE

QUE LOS SIETE ANTERIORES JUNTOS

¿Su octavo viaje? Pero si él no se había movido de Bagdad desde que volviera del país de los hombres demonios al cabo del séptimo... eso no podía ser. Así pues entró en la librería, compró el libro y, sin abrirlo siquiera, se encaminó en derechura a la sede de la editorial que había gestionado hasta entonces sus aventuras. Una vez allí fue directamente al despacho del responsable de publicaciones -puesto que era sobradamente conocido nadie se lo impidió- y entrando sin llamar le espetó furibundo, al tiempo que arrojaba el libro sobre la mesa:

-¿Qué significa esto?

El interpelado, tras un breve sobresalto -era evidente que esperaba la visita, pero quizás no tan pronto ni tan intempestiva-, recuperó su aplomo y, esbozando una sonrisa de circunstancias, le respondió:

-¡Hombre, Simbad, me alegro de verte! ¿Qué tal en tu nueva vida de retirado?

-Bien, gracias -fue la adusta respuesta-. Pero quiero que me des explicaciones sobre este libro.

-¡Ah, el libro! -fingió sorprenderse al tiempo que lo recogía, lo cerraba ya que se había abierto al caer, y lo depositaba con cuidado sobre la mesa-. Estamos muy satisfechos de él, y esperamos que sea un éxito de ventas. ¿Lo has leído?

-¡No! -Simbad mordió el monosílabo-. Ni pienso leerlo. Lo único que quiero saber es la razón por la que lo habéis publicado sin mi conocimiento ni mi consentimiento. Se trata de mi propia vida, y vosotros la habéis manipulado con este falso viaje que jamás he hecho.

-Lo siento, lamento sinceramente no haberte avisado antes, pero quisimos respetar tu retiro. En cualquier caso, te debo una explicación. Siéntate y aclararé todas tus dudas. ¿Quieres tomar algo? ¿Prefieres unos dulces o un aperitivo?

-No -la negativa abarcaba todo, puesto que el antiguo marino permaneció en pie más tieso que el palo mayor de su antiguo barco.

-Está bien -suspiró su interlocutor-. ¿Cuál es tu queja?

-Te lo acabo de decir. ¿Cómo habéis tenido la desfachatez de publicar un falso viaje mío en el cual no he tenido la menor intervención?

-Reconozco nuestra responsabilidad por no haberte informado previamente, por lo cual te pido disculpas; pero en todo lo demás hemos obrado respetando rigurosamente la ley.

-¡Y un cuerno! -explotó Simbad-. Yo nunca os he autorizado para inventaros mi vida. Y desde luego, sigo sin autorizaros.

-Mi querido amigo, lamento decirte que estás equivocado. ¿Has leído con detenimiento el contrato que firmamos en su día?

-Conozco suficientemente lo fundamental.

-Sí, pero desde un punto de vista legal no basta con eso -tecleó en su ordenador y, dándole la vuelta al monitor, le mostró la pantalla-. Ahí lo tienes; en la cláusula ducentésimo trigésimo cuarta, apartado séptimo, está escrito bien claro: en caso de jubilación, desistimiento, incapacidad o fallecimiento, el abajo firmante Simbad el Marino cede a la editorial todos los derechos presentes o futuros relativos a su vida para su uso

literario, cinematográfico, televisivo o en cualquier otro soporte físico o digital conforme a lo estipulado por la legislación vigente, etcétera, etcétera... Esto lo firmaste tú, ¿no es así?

-Supongo que sí... -concedió Simbad cariacontecido-. Pero no esperaba que os aprovecharais de la letra pequeña para estafarme de este modo tan descarado.

-¿Letra pequeña? ¿Estafado? No le doy importancia puesto que se trata de una conversación informal y tú estás ofuscado; supongo que no intentarás hacer públicas estas calumnias ya que serían constituyentes de un delito y eso nos colocaría en una situación muy incómoda. Te puedo asegurar que todo fue escrupulosamente legal, y tú tuviste oportunidad de leer el contrato en su totalidad o de hacérselo leer a un abogado antes de firmarlo.

-En resumen, me habéis robado legalmente.

-Por favor, cuida tus palabras. Digamos que nos limitamos a respetar un contrato que fue aceptado y firmado por ambas partes. Nosotros aceptamos su ruptura unilateral por tu parte al negarte a continuar viajando cuando el contrato te obligaba a ello, sin que en ningún momento solicitaras una negociación para llegar a un acuerdo mutuo. Por lo tanto ahora te corresponde respetar nuestra decisión de seguir publicando nuevos viajes sin contar contigo, puesto que no se trata de la persona, que es inalienable, sino de un personaje del que somos los propietarios legales tras tu renuncia. ¿De verdad que no quieres tomar nada? Me vas a disculpar, pero yo tengo la boca seca.

Y abriendo un pequeño armario situado a su lado sacó una botella y un par de vasos. Ante la hosca negativa, se limitó a llenar uno de ellos volviendo a guardar la botella y el vaso sobrante.

-Como te decía -continuó tras beber un trago-, a raíz de tu retirada nos vimos frente a un dilema. ¿Dábamos por terminada tu historia, o continuábamos con ella? No se trataba tan sólo de una decisión nuestra, nos debíamos a nuestros lectores y, tras sondearlos, la respuesta fue tajante: la inmensa mayoría de ellos deseaban su continuación. Pero tú te negaste en redondo pese a todos nuestros requerimientos, por lo cual no nos quedó otro remedio que buscar a un sustituto tuyo, tarea que dicho sea de paso no resultó nada sencilla ya que tenía que ser alguien que estuviera a tu altura, que era mucha.

-Y lo encontrasteis -le interrumpió Simbad con mordacidad sin darse por aludido de la solapada adulación.

-Sí, lo encontramos, y la verdad es que hemos quedado muy satisfechos de su labor puesto que se trata de un magnífico profesional. Es una lástima que no hayas leído el libro.

-Esto es irrelevante. ¿Quién fue el afortunado?

Por favor, sobra el sarcasmo. Nada menos que el capitán Archibald Haddock, gran amigo y compañero de aventuras de Tintín. ¿Los conoces?

-No.

-Pues no sabes lo que te pierdes, ya que los veinticuatro álbumes de Tintín son una de las más importantes series de historietas, si no la más importante, de toda Europa. Lamentablemente su creador, el dibujante y guionista belga Hergé, tras su fallecimiento en 1983 impuso en su testamento que sus personajes murieran con él, prohibiendo explícitamente que otros dibujantes y guionistas los utilizaran en nuevas aventuras a diferencia de lo que sí ocurrió con Astérix. Lo cual fue una lástima, puesto que Hergé contaba con discípulos que habrían podido continuarla de manera muy digna. Pero es lo que hay, su voluntad fue respetada y las aventuras de Tintín concluyeron para siempre, quedando la última de ellas inconclusa.

-¿Y qué tiene que ver eso conmigo? -se impacientó Simbad, que empezaba a sentirse incómodo al llevar tanto tiempo de pie-. O mejor dicho, ¿por qué este mismo criterio no puede ser aplicado en mi caso?

-Porque las circunstancias legales son muy distintas, mi querido amigo. Nosotros sí estamos autorizados por ti para continuar tus aventuras incluso sin tu colaboración, como ya te he explicado. Pero volvamos al tema. La decisión de Hergé dejó a sus personajes no sólo huérfanos, sino también sin la menor posibilidad de ganarse la vida. Pasado algún tiempo Tintín ingresó en una comunidad budista llevándose con él a su inseparable Milú, el profesor Tornasol se ganó la vida, bastante bien por cierto, escribiendo libros de temática esotérica, Hernández y Fernández formaron un dúo cómico que alcanzó grandes éxitos, la Castafiori abrió una academia de canto... pero el pobre capitán Haddock cayó en una espiral depresiva que le llevó a refugiarse de nuevo en el alcohol. Fuimos nosotros los que le rescatamos ofreciéndole ser tu sustituto, y él aceptó encantado adaptándose con tal entusiasmo a tu personaje que te puedo asegurar, sin la menor intensión de hacer comparaciones, que los resultados fueron excelentes.

-En resumen, encontrasteis en él un magnífico imitador mío; supongo que lo disfrazaríais con un atuendo acorde con la ambientación sin que faltaran el turbante ni la cimitarra, aunque lo que me llama la atención es que un marino mercante del siglo XX fuera capaz de gobernar un navío de vela medieval.

-De nuevo el sarcasmo -le recriminó el editor-. Pues sí, se adaptó sin problemas; además de ser un excelente marino y un magnífico actor, contó con todo un equipo de asesores gracias al cual pudo desempeñar su papel con total profesionalidad.

-¿Incluidas las cogorzas? -Simbad no estaba dispuesto a renunciar a las pullas.

-Haddok dejó el alcohol en cuanto se volvió a sentir útil y recuperó su autoestima. Además al representar el papel de un musulmán esto era algo necesario, aunque tendrás que reconocer que tú tampoco eras precisamente abstemio; recuerda como en tu quinto viaje lograste desembarazarte del Viejo del Mar emborrachándolo tras verte beber a ti...

-Bueno, dejémoslo -respondió incómodo el marino-. El caso es que buscasteis un sustituto sin que ni siquiera tuvierais el detalle de comunicármelo; no es ya una cuestión de contratos y legalidades, sino de respeto. Así pues, no te ha de sorprender mi desagrado.

-Cierto, lo admito. Pero, ¿habrías cambiado de intención si, tras comunicarnos tu decisión irrevocable de acabar con tus viajes, te hubiéramos respondido que estábamos dispuestos a seguir adelante contigo o sin ti?

El silencio del aventurero bagdadí fue tan elocuente que sobraron las palabras.

-De todos modos -añadió el astuto editor-, todavía no ha sucedido nada irreversible. ¿Recuerdas cuando Sean Connery tuvo que tragarse su negativa a volver a interpretar el papel de James Bond, viéndose obligado a protagonizar la película *Nunca digas nunca jamás*?

-No veo qué pueda tener en común ese caso con el mío -rezongó Simbad-; Connery era tan sólo un actor que interpretaba ese papel y fue reemplazado sucesivamente por otros varios, mientras yo soy el personaje real de una serie de aventuras reemplazado por un impostor contra mi voluntad, con independencia de lo bien que éste representara el papel; mi caso se parece mucho más, aun tratándose de un personaje ficticio, al del Quijote apócrifo de Avellaneda, que pretendió suplantar, por supuesto sin conseguirlo, al auténtico.

-Sí, pero a raíz de su publicación Cervantes se apresuró a escribir la segunda parte del Quijote auténtico -fintó hábilmente el editor.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Pues algo tan sencillo como que no tienes cerrada ninguna puerta. Ciertamente no has podido participar en el octavo viaje, pero siempre podría haber un noveno...

-No me hagas reír. ¿Qué pasaría entonces con vuestro flamante seudo Simbad? ¿Volvería a empinar el codo? Porque en la historia de mis viajes tan sólo hay hueco para un único Simbad el Marino, sea yo o un remedo mío.

-¡Oh!, eso ya lo hemos tenido en cuenta. Haddok es muy considerado y nos está agradecido por haberle rescatado, y con él nunca habría problemas. Además siempre fue un secundario en las aventuras de Tintín haciendo de contrapunto a éste, lo que no impidió que adquiriera relevancia merced a sus propios méritos. Podríamos seguir la misma estrategia convirtiéndolo en tu compañero, lo cual os potenciaría a los dos. Al fin y al cabo los

grandes personajes siempre lo han tenido: Don Quijote y Sancho Panza, el Capitán Trueno y Goliath, Tom Sawyer y Huckleberry Finn, Aquiles y Patroclo, Sherlock Holmes y Watson, Sandokán y Yáñez, Mortadelo y Filemón, Astérix y Obélix, Batman y Robin, el Gordo y el Flaco, Robinson Crusoe y Viernes... bastaría con tejer una trama para explicar por qué razón Haddok te sustituyó en el octavo viaje. Por ejemplo, se me ocurre que tú podrías haber sido embrujado por un mago y él habría fingido ser tú para liberarte; nada especialmente difícil comparado con otros giros argumentales más complicados tales como la resurrección de Sherlock Holmes tras ser matado por Conan Doyle, que tuvo que transigir ante la presión de sus lectores. Por eso no hay que preocuparse, confío en la habilidad de nuestros guionistas. ¿Qué te parece la idea? ¿Contamos contigo para la siguiente entrega?

En su entusiasmo el editor se había girado para sacar del cajón de un archivador unos esbozos del futuro guión que pretendía mostrar a Simbad, lo cual fue aprovechado por éste para escabullirse sin despedirse siquiera.

Frustrado, gritó al vacío:

-¡Volverás!

Las crónicas no recogen si se llegó a cumplir la predicción.